

CRÍTICA LITERARIA.

POESÍAS DE DON CASIMIRO DEL COLLADO.

ARTÍCULO I.

Ha salido á luz en esta corte la segunda edición, corregida y aumentada, de las *Poesías* de D. Casimiro del Collado, de la Academia Mejicana correspondiente de la Real Española. Precedelas un *Prólogo* de D. Marcelino Menendez Pelayo, catedrático de Literatura española en la Universidad de Madrid, y el autor destina como donativo el producto de su obra á la Casa de Caridad de Santander, y á dos establecimientos benéficos de la república mejicana. Consta el tomo de 452 páginas en octavo mayor, de letra compacta, elegantemente impresas. Las XV del *Prólogo* contienen curiosas noticias del poeta, y un juicio atinadísimo del mérito y cualidades que le avaloran. Edificio de tan rica y varia arquitectura merecía un pórtico labrado con tan superior destreza.

Collado nació en Santander el 4 de Marzo de 1822. Á los catorce años de edad, en 1836, corrió á demandar al nuevo mundo el secreto de la fortuna, y la encontró risueña y propicia, según Menendez Pelayo. Esto prueba que aquella caprichosa deidad no está siempre, al distribuir sus favores, tan ciega como la pintan; pues aunque sólo conociéramos del poeta los sentimientos é ideas que revelan sus mejores composiciones, bastarían para darnos á entender que D. Casimiro del Collado es persona á todas luces dignísima de estimación.

Desde muy temprano se consagró al estudio de las humanidades, y aprendió á descifrar los arcanos de la lengua latina bajo la sabia dirección del docto sacerdote D. Claudio de la Piedra, cura ecónomo de Liendo, y de los padres Escolapios de Villa-

carriado. Este sólido principio de su educación literaria se deja ver hasta en aquellas de sus poesías engendradas al calor del espíritu romántico, y es una de las dotes que comunican á su estilo más nitidez y hermosura. Hay, sin embargo, mucha diferencia entre sus composiciones escritas en el que pudiéramos llamar período álgido del romanticismo, y las que ha trazado su pluma en estos últimos tiempos. Á medida que los años, el conocimiento de los hombres y los placeres ó amarguras de la vida han ido enriqueciendo su espíritu con el caudal de experiencia que tanto lo ilumina y aerisola, se ha engrandecido su inspiración y depurado su gusto; de tal suerte, que, á no verlas reunidas por el autor en el volumen de sus *Poesías*, tal vez no se tuvieran por obras de un mismo ingenio la *Oriental* que empieza:

«En esa reja brillad,
ojos de amante paloma,»

y las hermosas composiciones tituladas *La Primavera*, *Á Méjico*, *En la inauguración del ferro-carril entre Puebla y Méjico*, y otras de que hablaré más adelante.

No se crea que al decir esto lo hago por ciego espíritu de escuela, ni que miro con antipatía ó con desdén la índole especial de las composiciones selladas con el sello de la regeneración romántica. En el mero hecho de estimar como regenerador el movimiento literario que hará cosa de medio siglo vino á sacarnos del marasmo en que yacíamos, y á torcer entre nosotros el rumbo de la inspiración artística, dejo ver que era necesario y fructuoso, que lo juzgo conveniente al progreso de la cultura literaria. Antes de iniciarse la revolución romántica, la degeneración de las tradiciones clásicas había llegado á tal extremo en nuestro país (salvo honrosas excepciones), que casi todos los cultivadores del arte, y muy principalmente los consagrados al culto de la poesía, apenas se curaban más que de rendir tributo al servilismo de formas convencionales ó anacrónicas, gastadas ya á fuerza de repetidas. La fecunda savia del pensamiento propio y del sentimiento nativo solía brillar por su ausencia en los centones de versos de nuestros poetas de entonces. De aquí el deplorable amaneramiento que desluce la mayor parte de las poesías de aquella épo-

ca, y su absoluta carencia de virtud para causar impresión y ejercer benéfico influjo en el alma de la generalidad. Era, pues, la revolución romántica de necesidad imprescindible: por eso triunfó con tanta facilidad en los pueblos cultos.

Mas el espíritu romántico, que vino á infundir vida nueva en nuestra decadente poesía, apartándola de los eriales donde se malograban las fuerzas de los mejores ingenios, llevándola á campos fértiles y abundosos, y extendiendo á su vista horizontes más dilatados, trajo consigo el vicio ingénito, por decirlo así, de otra imitación diferente de la clásica, pero no menos amanerada y estéril. El aparato mitológico, la placidez de los amores arcádicos, las alegrías anacreónticas trocáronse en escenas terríficas de la vida feudal de los tiempos medios, en soñadas desventuras y quejumbrosas lamentaciones, ó en cuadros poco edificantes del interior de los harenes musulmicos. Las Nises y Dorilas se convirtieron en Fátimas ó en Adajas; los Anfrisos y Batilos en trovadores nocturnos, pajecillos enamorados ó castellanos celosos, y el desenfreno criminal de piratas y corsarios llegó á tomar carácter de asunto encantador y poético. La manía de *orientalizar*, común entre muchos que apenas conocían de oídas la existencia de pueblos de Oriente, sedujo á casi todos nuestros poetas jóvenes; los cuales, en vez de inspirarse en las bellezas indígenas del *romancero morisco*, se extasiaban y enloquecían ponderando y procurando imitar las extravagancias de ciertas *orientales* de Victor Hugo, y los disparates acumulados en la que el vate francés consagró á cantar la hermosura de Granada.

¡Cuánto han variado los tiempos! Aquello mismo que en los primeros años del romanticismo pareció á muchos el colmo de la osadía revolucionaria, porque trataba de desterrar los oropeles poéticos del materialismo pagano, sustituyéndolos con un espiritualismo que á veces solía caer en exajeraciones peligrosas, es ya para ciertos escritores célebres de otros países punto menos que señal de apocamiento y flaqueza, cuando no de estrechez de miras ó de falta de talento.

Los propagandistas de ideas que presumen de más civilizadas y humanas que las nacidas en las puras fuentes del cristianismo, exaltadas por los principales coriféos de la escuela romántica, sobre llevar hoy su arrogancia al extremo de menospreciar

como á gente de cortos alcances á cuantos no reniegan de la fe cristiana, toman por signo de virilidad y grandeza, por fecunda expresión de lo que llaman progreso, todo aquello que prescinde de lo sobrenatural ó lo desconoce y niega, y subordinan el pensar y el sentir, lo mismo en las regiones artísticas que en la vida común, á los menguados procedimientos de una filosofía cimentada en el imperio y halago de los sentidos. Para estos tales, la poesía que prescinde de la belleza moral y que ensalza la impiedad y la blasfemia, entregada como impúdica bacante á divinizar los errores de envilecedor materialismo, no solo es «la principal poesía, sino la reivindicación de la tierra contra el cielo, la abolición de las tinieblas y horrores del cristianismo en la Edad Media (*).»

No es esta ocasión á propósito para entrar de lleno en el examen de tan funesta doctrina. Nuestro insigne poeta santanderino jamás se ha dejado seducir por su engañoso oropel, ni ha estimado como ejemplo de inspiración libre y fecunda las desastrosas expansiones de una exaltación febril, ó de la soberbia y rebeldía que casi siempre van á parar en lo absurdo. Venido á luz pública en la época romántica; inclinado naturalmente á las que en todos tiempos tendrán por buenas ideas los hombres de mente sana (á despecho de transitorios y lamentables extravíos de la opinión general), Collado fué de los que más contribuyeron á difundir y arraigar en Méjico el romanticismo, gracias al atractivo de sus versos y al brillo y frescura de su juvenil inspiración.

Un escritor ilustre de aquella república, el Sr. D. José María Roa Bárcena, compañero de Collado en la Academia Mejicana, ha dicho que éste sólo tomó del romanticismo lo que en realidad tenía de bueno: «la profundidad en el sentimiento, la viveza en las imágenes, la energía en la elocución, la novedad y la brillantez en el conjunto;» y que á esto «se debió, sin duda, el agrado con que fueron acogidos y con que hoy mismo se leen sus primeros ensayos.» Mas ni todos ellos satisfacen tan preciadas condiciones en la medida conveniente, ni era fácil que tal sucediera, dada la poderosa influencia que ejerció en los poetas de más allá

(*) «Sono la prima poesia secondo il mio cuore..... la rivendicazione della terra sul cielo..... l'abolizione di tutta la tetraggine medicevale del cristianesimo.» (ALBERTO MARIO, refiriéndose á las encomiadas *Odi barbare* de Carducci.)

del Atlántico la inmensa boga que alcanzaron por aquellos días en nuestra península, de igual suerte que en los pueblos americanos que hablan nuestra lengua, varios famosos ingenios de España, y más que todos uno lleno entonces de sobresalientes cualidades y de no menores defectos. Disimular, pues, los que se advierten en algunas composiciones de la primera juventud de Collado, en que procura seguir las huellas de quien valía mucho en sí, pero carecía de requisitos muy necesarios para ser tenido por modelo de buen gusto, fuera en mi concepto agraviarle. Los hombres de mérito reconocido no han menester la indulgencia que los principiantes necesitan para no decaer de ánimo ni malograr por desaliento sus facultades, y á ellos es á quien más se puede y debe decir sin escrúpulos la verdad entera.

Al hablar así no pretendo en manera alguna desestimar las composiciones de Collado escritas en su edad florida. Si el esclarecido poeta no tomó del romanticismo únicamente *lo bueno*, en el sentido absoluto que expresa la generosa afirmación del señor Roa Bárcena, tampoco rindió tributo al desenfreno con que en nuestro suelo atropellaban á cada paso las leyes del gusto y del buen decir los ingenios más estimados y aplaudidos en aquellos días. Verdad es que algunas veces se dejó arrastrar en la corriente de la moda que entonces prevalecía en España y fuera de ella, cayendo en el amaneramiento y desórden que en determinadas épocas tanto suelen deslumbrar y complacer al vulgo, y aun á personas de mayor ilustración. Pero eso mismo es en nuestro poeta menos común que en casi todos sus coetáneos; por donde se comprende y explica satisfactoriamente la benévola abstracción de su discreto encomiador el Sr. Roa.

La imaginativa de Collado, la índole peculiar de sus sentimientos é ideas y los sólidos principios de su educación literaria no habrían consentido otra cosa. Amante de la verdad, ni en el terreno de las ficciones poéticas se acomodaba á rendir homenaje á la mentira. Corazón apasionado y sensible, repugnaba expresar afectos convencionales ó que no estuviesen en armonía con los suyos propios. Espíritu reflexivo equilibrado sanamente, aun en la edad de los arrebatos juveniles propendía por instinto á reunir en sus composiciones plan claro y bien ordenado, lógica trabazón y consecuencia de ideas, é imágenes apropiadas al objeto, sin in-

currir, sino raras veces, en el pomposo desbarajuste nacido de falta de buena cultura intelectual ó de ingénilo desequilibrio de facultades mentales, con que ciertos famosos poetas de nuestra península se figuraban dar muestras de originalidad y de genio.

Triste es confesarlo: aquellos líricos que alcanzaron entre nosotros mayor popularidad en la época romántica, logrando, como si dijéramos, formar escuela (merced al crecido número de imitadores que procuraron desde luego identificarse con su manera de pensar y de dar forma á las creaciones de la fantasía), contribuyeron poderosa y rápidamente á extraviar el gusto separándolo del carril de la verdadera belleza artística, tanto en España como en América. Secuaces del romanticismo extranjero, ya personificado en Lord Byron, ya en Lamartine ó Victor Hugo; procurando y no siempre consiguiendo dar á sus obras cierto barniz de españolismo que recordase la gloriosa tradición de nuestros dramáticos y romanceros de los siglos de oro, lo mismo Espronceda que Zorrilla (aunque aquél con más pureza y corrección de estilo y lenguaje que éste), dejaron correr sin freno su disparada imaginación, avasallaron el gusto de la multitud, y extendieron su centro á los pueblos americanos que seguían siendo españoles, y á los que no formaban ya parte de esta monarquía. ¡Cosa singular! Ni Martínez de la Rosa, primer iniciador triunfante del romanticismo en la escena patria con *La Conjuración de Venecia*; ni el Duque de Rivas, cuyo *Don Álvaro* es y será considerado perpétuamente como riquísima joya de nuestro teatro, y que dió en *El Moro expósito* y en los *Romances históricos* modelos dignos de imitación, lograron en aquellos años de vértigo la popularidad y resonancia de Zorrilla ó de Espronceda.

Fácil sería acumular ejemplos de los estragos que hizo en la juventud hispano-americana, como los hacía en la española, el prurito de imitar las seductoras novedades de estos dos ingenios. Sin salir de la isla de Cuba, madre de poetas de tanto vuelo como Heredia y la Avellaneda, vemos á uno de sus hijos más distinguidos, á José Jacinto Milanés, cuando aún no conocía los versos de Zorrilla ni el giro prosáico y la mal sana tendencia de *El Verdugo* y *El Mendigo* de Espronceda, emular en *La Madrugada* la ingenuidad, la frescura, la gallardía de Lope; y conocidos aquellos,

amanerarse y viciarse hasta desnaturalizar á veces la índole genial de su inspiración, como en *El Bandolero*, *El Mendigo*, *La Ramera*, y otras composiciones análogas.

Pónese todavía más de bulto la clase de influencia que ejercieron nuestros líricos románticos, y muy especialmente Zorrilla, en el gusto y forma literaria de los ingenios de Ultramar, si se observa lo acaecido con un hombre como Collado. Aun en sus primeros ensayos en el nuevo género, siempre que se deja llevar del impulso propio se inclina á la sencillez, á la corrección y pureza. Cuando enamorado de la manera especial de Zorrilla se empeña en imitarle y seguirle, rindiendo tributo á la moda, la fuerza del contagio es tanta que llega á desfigurar su estilo, y se aparta del buen sendero á que naturalmente le conducen sus nativas propensiones. De ello es ejemplo muy expresivo la composición denominada *Los muertos ó el día de difuntos*, fantasía donde el autor declara sin rebozo haber imitado á Zorrilla.

Las observaciones que anteceden no están fuera de lugar, pues contribuyen á dar razón de la verdadera índole y carácter de las *Poesías* de Collado. Porque es de advertir que el hombre que apenas cumplidos veinte años mostraba ya en los versos en que daba rienda á su genuina inspiración la claridad y belleza de forma de quien escribe en edad madura y ha logrado á fuerza de estudio dominar el idioma y el lenguaje poético, formándose estilo propio, correcto y puro, es el mismo que incurre en los defectos contrarios á estas perfecciones cuando se engolfa en el revuelto piélagos del zorrillismo.

Para hacer más visible la exactitud de la precedente observación, apuntaré algunos ejemplos.

En la composición titulada *Pensamientos del crepúsculo*, escrita el año de 1843, leemos estos versos, que dan razón del estilo y tono general de la poesía:

..... «Levántase la sombra
y discurre la niebla en las montañas,
adonde trepa por la verde alfombra
el humo de las misereras cabañas.

»Allá un lago tranquilo y azulado;
aquí se agrupa un albo caserío;

acá el antiguo alcazar derrumbado;
 más allá pobre ermita y bosque umbrío.

»Su melena de espigas de oro agitan
 las mieses en magníficas llanuras.....»

y á este tenor sigue describiendo lo que ven sus ojos y la impresión que le causa el espectáculo de la naturaleza que admira, en lenguaje que no rechazarían nuestros buenos líricos del siglo XVI. Pero el hombre que de tal modo se expresa cuando habla por inspiración propia y traduce con sinceridad los sentimientos del alma, llega á desvariar como su modelo (aunque en versos comúnmente mejor contruidos, y respetando más las reglas gramaticales) cuando el impulso de la moda le induce á emular las extravagancias y delirios ensalzados por la descarriada multitud de admiradores indoctos:

«Los muertos, sí. Pero en el doble muro
 que guarda avaro sus reliquias vanas,
 ¿evocará sus almas el conjuro
 que remeda la voz de esas campanas?

»Si sonara en el cóncavo recinto,
 sin duda levantarán el sudario
 para espiar el negro laberinto
 sobre que flota el eco funerario.

.....
 »¡Oh! ¡quién viera animadas osamentas
 incorporarse en el sepulcro entonces,
 á las profanas crónicas atentas
 que les denuncian los sagrados bronces!»

Estos *sagrados bronces* que *denuncian crónicas profanas*, y cuya voz *remeda un conjuro con eco funerario que flota sobre el negro laberinto del recinto cóncavo*, huelen que trascienden al deplorable gusto de Zorrilla, y manifiestan desde luego que son hijos de aquellas estrofas que dieron al poeta popular tanto renombre, y que empiezan:

«Ese vago clamor que rasga el viento,
 es la voz funeral de una campana;

*vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.»*

¿Cabe extrañar que el sonsonete y oropel de estos versos deslumbrase á un joven de menos de veinte años, como lo era Collado al escribir y dedicar á Zorrilla la *fantasía* de que son parte los tres cuartetos endecasílabos copiados arriba, si se recuerda que casi todos los más grandes representantes de la literatura madrileña en 1837 los acojieron con transportes de admiración junto á la tumba de Larra, proclamando al autor como á singular prodigio, y sancionando con calorosos aplausos la peregrina belleza que resulta de oír el *postrer lamento de un cadáver*? El descubrimiento de un cadáver que *se lamenta* ¿no merecía por sí solo tan fervoroso entusiasmo?

Y al mismo tiempo que de vez en cuando Collado se extrañaba y perdía entre el vistoso y enmarañado follaje del culteranismo sin cultura que entonces tiranizaba el gusto de la multitud (en lo cual se mostraba devoto de la manera zorrillesca), tampoco permanecía sordo al desencanto baironiano de Espronceda, que amargó el espíritu de muchos haciéndoles creerse víctimas de desgracias imaginarias, é induciéndolos á prorumpir en lamentaciones y quejas fruto de una desesperación ficticia. Sólo así se comprende que al empezar la vida, como quien dice, exclamase nuestro poeta, como pudiera hacerlo el viejo más aburrido y experimentado:

«Dios quiso que mi senda recorrieran,
y que mis pasos trémulos siguieran
la *duda*, el *desengaño* y el *pesar*.»

Pero como en materias de arte lo que no es verdadero carece de virtud persuasiva, no nos interesa ni conmueve oír exclamar al hombre de muy risueño porvenir y que aún se halla en los floridos y alegres albores de la juventud:

«Mas traigo aquí *mi corazón marchito*,
del que *cayeron* tantas ilusiones,

cual de otoño á los broncos aquilones
hojas ¡ay! de estos árboles caerán.

»Para ellos una fértil primavera
traen en triunfo rápido los años;
y en mí, tronco podrido, desengaños
donde antes ilusiones brotarán.»

Convengamos en que estos versos, en que el autor concreta y aplica á la situación de su ánimo lo que en tesis general habia dicho Espronceda en su famosa quintilla

«Hojas del árbol caídas,
juguete del viento son:
las ilusiones perdidas
¡ay! son hojas desprendidas
del árbol del corazón,»

no revelan con sinceridad el verdadero estado del poeta, sino la especie de soñada desilusión, hija de una sensibilidad meramente fantástica, engendada al calor de la escéptica y enfermiza poesía con que los dos líricos españoles más populares en aquella época viciaban ó desnaturalizaban por completo la índole genial del romanticismo. Si á los diez y nueve años de edad Collado hubiese tenido el corazón tan *marchito* como se lo figuraba entonces; si hubiera sido el *tronco podrido* en que solo podían brotar desengaños, ó hubiese llevado realmente *muerto en el pecho el corazón*, como decía dos años después en la composición rotulada *Indiferencia* (*), ¿habría podido escribir por aquellos mismos días las octavas reales sobre el *Amor*, que concluyen de este modo?

«¡Oh religion! ¡Oh amor del pensamiento!
¡Oh puro amor! ¡Oh religion del alma!
Si tú enturbias la vida turbulento,
le tornas tú resignación y calma.

(*) El verso dice así:

Muerto mi corazón llevo en mi pecho.

La composición fué escrita en 1843.

¡Ah! necesarios sois cual lo es el viento,
 como el rocío á la africana palma,
 como al alma virtud lo es la conciencia,
 y al almo Creador la omnipotencia.»

Esta composición, donde rebosa el jugo del alma y de la inspiración nacida en ella, pone de bulto á nuestros ojos, mucho mejor que las imitadas de Espronceda ó de Zorrilla, lo que fué nuestro Collado desde un principio. El joven que con ingenuidad encantadora exclamaba, dirigiéndose al Amor:

«El sol de la esperanza en tí fulgura,»

daba á entender claramente, al dejar caer la máscara con que le había cubierto el rostro la moda, que aquello del *tronco podrido* y del *corazón muerto en el pecho* no eran sino frutos artificiales de la preocupación ó del afán con que procuraba engañarse á sí mismo, arrastrado por la cenagosa corriente de una imitación bastarda.

MANUEL CAÑETE.

DISCURSO CRÍTICO
DE LA NOVELA HISTÓRICA
EL CABALLERO DE LA ALMANACA,

escrita en el lenguaje del siglo décimo tercero, por
Don Mariano Gonzalez Valls.

*Á Don Mariano Gonzalez Valls, eruditísimo autor de la novela
histórica titulada EL CABALLERO DE LA ALMANACA.*

Con muy mucho praçer e contentamiento avemos visto el vuestro libro, que fabla en el romance estorial que ge dice EL CABALLERO DE LA ALMANACA, é mejor romance non avemos leído desque somos leientes, maguer non iovenes de dias. Ca la estoria asacada de los libros acuradamiente, é de las corónicas, é de los cantares de gesta; son veros en toda verdat, é el romance é guisado en atal guisa, que semeia lo vero.

E vos, Don Gonçalez, bien me poderíeis diçir: «non me tan-
»gas e cata quien yo sò é quien tú eres, é cuemo tus manos non
»son a poner en mí, por cosa en el mundo ninguna.» E á osadas
que é así, mais somos costrenudos a y lo façer; ca pleyto avemos
fecho de espaladinar nuessos entenderes; é tenremos el pleyto
commo omnes de buena verdat é derechureros, que non fablarie-
mos á mala verdat, magüer argento é oro nos en donnassen un
cafiz; ca mejor que fablar infintamente, callariemos que non di-
riemos nada.

Vamos ende y meter nuessas dubdas, é nuessas notaçiones con
lealtança, magüer nos otorguemos en nuessa insipiencia é con-
noscamos seer vos atal que la mar fonda, é nos atales que pe-
quenno flumen. E si algund metiese y mientes que vos quiero
dotrinar, yo el calonnarie manamano, cuemo a grant malsinador,
é fablistan, é menterero que mentirie por la meatat de la barba.

E con adiudorio de sennor Dios (bendicho seia el suo sancto nomne), comiẽsço.

Averie asmado quel titol de la estoria seiẽs EL CABALLERO GARÇI PEREZ DE VARGAS, e non EL CABALLERO DE LA ALMANACA, ca aqui que la estoria é ençimera del romançe deberie seer scripto por Garçi Perez; ca mais fó connoçudo así por los trobadores, é los romançeros é los serebidores d'aquela saçon, que non por el Caballero de la Almanaca.

E quando dicesdes al primo capítol quel «suo cabello le caie »por las façes a las amas orejas, amostrando una frente asaz »grande é bien fecha;» deveivos miembrar que eso seerie en »quando seies rapaz, ca á poco de ora dicesdes vos en el capítolo vi- »iesimo primo, é convusco las estorias, «que Garçi Perez quando »se desenlaçó la capellina, é non falló la cofia, tornó á tomar sus »armas que havie dado, é dixo al escudero que pasasse empos el, »é toviese ojo por la cofia en la carrera alli do sel avie caydo; ca »bien veie él, que non avie cabeça para andar sin cofia. Esto de- »cie él, porque *era mucho calvo* además.»

E quando serebides al dizmo terço capitulo, la fabla que Alitarfexel fabló con dónna Sol; pareçeme una fabla que non a tan buen sueno commo la fabla de Aben-zulhee. A osadas que Alitarfexel era un moro avol e sen mesura, é Aben-zulhec un mucho nobre é comprido caballero; empero amos á dos tenien á coraçon façer el meismo mal fecho; uno con grant nemiga é força crua, l'otri con falagos é blandiças; e meterge an mientes, en cobrir con grant arcanidat las fablas sobeianas é rafeças; ca en otra raçon, el blancor de las façes damiles fincarien rogeantes con la vergonça.

E paresceme otrosí, quen la saçon del Sancto Rey Don Ferrando, mas costumne y era serebir *sennor*, que *señor*; *espeio*, que *espejo*; *vieio*, que *viejo*; *çibdades*, que *ciudades*; *apostóligo*, que *apostólico*; *cobdiçioso*, que *codizioso*; *Don Joan*, que *Don Juan*.

Scripto avemos de suso «*paresceme*» e non afinamos; ca con çertedumbre non se puede y fallar carrera de saver lo que estonçe diçien, en raçon que los libros non ge açiertan en uno. Ca sciente sodes, que magüer en el libro de las leies que laman de FUERO Juzgo é fó metudo en romançe de la fabla ladina a la meatad del sieglo dizmo terço por el Rey Don Ferrando, e en los

SINNAS DEL IUIÇIO CAPDAL de Gonçalo de Berçeo, e en el poema de ALEXANDRE de Joan Lorenço, fechos al comedio del Reynado del meismo Sancto Rey, scripto e *danno*, e non *daño*. E en los exemplarios que son en esta saçon del libro de las leies que fizo Don Alonso el sabidor en el avandiecho siglo, scripto é *daño*, é non *danno*. E otrosí en la estoria de LA GRAN CONQUISTA DE ULTRAMAR, que mandó sacar de Franceses el mui noble Don Sancho, Rey de Castiella, al finamiento del siglo dizmo terço; e en el libro de las leies que a nomne de ORDENAMIENTO DE ALCALÁ DE FENARES e fó fecho a ocho días del mes de Hebrero, era de mill e tresçientos e ochenta e seis annos, non é en usamiento la *eñe*. E el libro de las leies que diçen del FUERO VIEIO DE CASTIELLA, fecho ocho annos depos, escrito é con la *eñe*. E connoçudo é que escrebir *eñe* e non duas ennes, errança fó ó enmendaçion de los pennolistas.

E esto aconteçe, ca los libros fenesçen por las venturas del tempo, e los pennolistas salamones susodechos, metenlos en escripto de novo, e van esclarando las paravlas e adovandolas segund é el usamiento de estonçe, e tuellen de literas e annaden de otras, e van adelinnando la frasis, é otrosí oscurando las timologias; de guisa que sesaenta ó setaenta annos andados, los non connoçerie por l'exemplario, nin la madre que los encaesció, nin el padre que los generó, magüer aturadamente punnasen por y lo façer.

E por neglesencia de los pennolistas, non se acordaven en uno, é en atál raçon, la paravla quen ladin deçien *femina* é *mulier*; scripta la vemos en literas d'estonçe *mulier*, *muller*, *muier*, *moier*, *mugier*, *mogier* é *moger*, de arte quen el dia de oy, dobdamos; é en el dia de crás, seriemos nesçientes de toda nesçiedat en la guisa que veramientre estonçe ge escribie.

E cuydantío d'adovar la fabla, e façerla mais falaguera e blandiçiosa; diçien primero *terrà*, e dempós *tenrà*, e ayuso *ternà*, e agora *tendrà*; e atan aspro é á la oreia el suenno de *terrà*, quel de *tendrà*; empero, *voluntas hominis deambulatoria*, la voluntad del omne non á fito, e sempre é camiendo las cosas e las paravlas, é quando solmientre las camia, cuyda el sandio que las meiora.

E otrosi, estas paravlas emiendadas, e adovadas, e tollidas li-

teras e annadidas literas; son al acabamiento atan desemeiables al comienço, que non son de devinar sen dar grant estudio é femencia al seso de la scriptura: ansi, de las paravlas ladinas *penna* e *pennula*, an escripto *pennola* e *peniola* e *peñola*, e en cabo *péndola*; doncas, quiquier que huevrase de lieve e rebatosamente, e non fincase y mientes; cuydarie seer la timologia de *péndola*, *pendulus*; e non *penna* e *pennula*.

Por ende, non so ardido de diçir en cuál guisa deberiage escrebir, e mais en quanto desciplo, que yo só, non me cale que prender de mestro atal que vos sodes.

E de las erranças de pennolistas, en la vuessa estoria fallaredes otrosi prova; ca al la translatar, en la folia dizma terça, lo que y metedes que lo diz la ley dizma terça, titol *treienta e uno*, Partida secunda, non é ansi; ca lo diz la meisma ley del titol *vinte e uno*: e en la folia coarenta e nove, lo que y metedes que lo diz la ley primera, *titól vinte e uno* de la Partida setena; lo diz la meisma ley del *titol secundo*: e en la folia nonaenta e duas, ó diz, ley *ochava*, titol dizmo, Partida secunda, é erranza abierta e crala; ca el titol dizmo á solmiente tres leis, e por ende, non averia omne en el mundo nascido que y fallare la ochava; maguer seiés necromante; cosa quel pesarie en grant manera á Senor Dios.

Que seia loado por la sua grant misericordia, que nos non a fallaçido desde asaz cordoiado nuesso coraçon, avemos fablado fasta en esaqui con maño enxeco en las cosas que nos non açertamos convusco; maguer omildosamiente confessamos nuessa nesçiedat, é si nos en donaredes parçimiento por atal atrevençia, fincariemos por vuesto servo *in sempiternvm*. Loado seia, ca poderemos de screbir en vuessa loançia, tollidos atodos los embargos que y avie a lo fazer. Ca magüer toda la estoria é mucho buena en grant manera, nos, fallamos (é conusco los omnes sabidores) que las fablas e las pinturas que y façedes, son las mas meiores que poderien seér, é non avedes par en Castiella por ende.

Mucho gent screbiades, quando screbiades: «E.... la mo-
»ger que de suso contamos, acostogele a la oreja e dixol: Garçi
»Perez, oy seredes caballero: donçella so, e serlo é fasta que a
»vos plazga: que ziente so del amor de ome tal que vos sodes, e
»pues osado é á vos lo dezir, e velado é por vos e convusco; catad

«quanto mio amor es grande e verdadero e firme. Por liviana me non coydedes, en raçon desto que vos digo: puedo fazervos jura que non ome y á en el mundo que yo fablado aya en amor, nin cuya una palabra vana nin en amor aya oido.» —Ansi fabla donna Sol, é ansi deberie hablar una vírgine christiana, magüer apalambrada d'amor; é en otra guisa Zahira, mançeba mora, ignorante de sancta fé; doncas, diçe: «Yo vos digo que su amor me quema el corazon, que non tove otro amor fasta que a Garçi Perez amé, e que cuydo que falleçerme su amor e la esperanza, será fallerme la vida.» —¡Bien aventurado é invidiando Garçi Perez adamado de moras y christianas, magüer sirvió sempre con fieldat solmiente una, que non seriemos osados a façer iura de atanto por todos los que me leiedes!

E ¡cuanta avedes sabidoria del coraçon feminal! Desque donna Sol á çelera, estonçe ya non cuyda de parescer altivada commo ante: planye sua coyta en la meisma guisa que la planyirie Zahira, ca moger con çelera, nin mora é, nin christiana; sinon moger; e por ende, —«¡Ay mezquina de mi! dixo Doña Sol. ¡Quantas cosas fize por amor de ti a guisa de muy loca, e tu fallaste una mora, e al mio por su amor fallereste! ¡E cuidas de fallar nin mora nin christiana moger otra que te ame tanto como yo, que muero por ti! Ca bien asi como el rayo que cae quema todas las cosas, desta guisa me quema tu amor el corazon, e no puedo tirar ante mí la tu semejanza nin de dia nin de noçe.» — Vos deçimos que veramientre nos acora la angoxa de donna Sol, e si á guarir su coita caliege nuessos adiudorio dargeloíemos, segund obligados somos por la fe de caballeria que professamos.

E quando enriçado el Sennor Rey Don Ferrando sermona Don Alonso e le diçe: «Ferido avedes el brazo, e seméjame que mas ferida avedes la onrra, e ferido me eis el corazon, e pesar grande avedes fecho a Señor Dios;» quinquier finca entroneçido de paúra, al parar mientes en aquel grant dómimo con la su faz muy mucho cordoiada, é otrosi irada en el forfecho é malfetraya de suo fio.

¿E las penturas? Por la mitra del Apostóligo que me praçen atanto que las fablas susodechas. Si narrades las espolonadas, e las algaras, e las caballerías de poiantes caballeros, lo facedes con atal ardentía, que l'ánima apalambrage e asmarie de y ge fallar

en la hacienda con Garçi Perez, que «dando de las espuevas al
 »caballo, fue ferir de la lanza, e dió en el suelo con un caballero
 »moro que tenia delante, e los otros volvieron las espaldas.....
 »¿E quién vos podrie diçir los golpes mucho grandes que y ovo
 »de lanzadas, e espadadas, e de porras que ge dieron a mante-
 »niente gran pieza del dia? E las piedras, e las saetas que les
 »ende tiravan de las torres, e del muro eran tantas, que non se-
 »mejaba sinon granizo fuerte que caye del cielo.»

E si bien pintades la espolonada, cuydo non é cosa egual a lo
 que y metedes desque contais del caballero encobierito. «Un dia
 »seyendo con Garçi Perez los dos caballeros, e otros que le eran
 »amigos e le venian ver, vino otrosí un fidalgo moço de dias, e
 »era destes omes que y a, que non paran mientes en las razones
 »que dizen e son como locos sin seso; ca el seso del ome es co-
 »noscido por las fablas que á, bien assi como el cantaro quebrado
 »es conosci-do por el sueno, e cuydando de fazer prazer á otros,
 »fazen pesar a alguno. E el sabie lo de los caballeros moços que
 »y eran, e del planto que por Garçi Perez fizieron, e que non fa-
 »vlavan, e que trayen de continuo unas luas en las manos por tal
 »que ge non las veyesen, e comenzo de catarles mucho sin ver-
 »güenza, e de murmugear a la oreja de los que cabe el eran, e
 »de fazer remedijos, e dixo atales cosas, que todos los otros caba-
 »llos tomaronse a reir.»—Paresçenos al leirlo que catamos al
 fiodalgo con suas paladinas chuferías, e la grant sanna del ca-
 ballero chufado; de guisa que dubdamos ge aia escripto lo al
 semeiable, desende que é nada la fabla de Castiella que ge diz
 romance.

E sodes otrosí façeçioso e chufero que faredes reir a don Era-
 clitus que non sabie que planyir, quando contades lo quel avino
 donna Sol con Abenzulhec; quela fablaba enamoramientre,
 e ella oíel de arte «*que en cabo non sabemos como finaran aquellas*
 »*fablas; sinon que a esa ora dize la estoria que tornó y el escu-*
 »*dero de doña Sol con la mora Zahira.*»—E por el Preste bendi-
 cho, que me praçe que y tornage el escudero tan ayna, magüer
 non sepamos el finamiento d'aquelas fablas atan asavoradas que
 avien ensemble donna Sol e Abenzulhec. Non é en voluntat iud-
 gar tortiçeramientre mançeba en cabellos atal que donna Sol;
 mais si fraca asaç la cuydo, tórnese a si meisma; ca poderia ge

miembrar quel diablo es muy mucho sutil, e lo mejor de los dados, non los iogar; e asegurado só quel coytado Garçi Perez serie connusco, e non ge averie asolaçadò á atal finamiento, si lo ovier catado por orambreira; e non digo ende mais, ca cosas son estas de *noli me tangere*, é de peor es meneallo.

E quando contades lo que avino Ferran Cano depós de la moerte de donna Sol diçedes: «E algunos dizen que fineó diablado, e dizen otros que se fuera buscar los Moros; pero el que fizo esta estoria dize, que sel lievaron los diabros, e en esta razon se non mas del ende sopo; *mas si alguno lo no quisiere creer, lo puede ir a buscar.*» E nos, e nuessos leientes connusco, que lo non creiemos, nin queremos lo ir a buscar; nos tomamos a reir con la boca toda, de la façeçiosa simplicidad del dicho.

Sabidor é mestro de saber estranno sodes otrosi en la construicion é en la frasi; ca en atal manera amuestráis el romance antigo, e atan correchamientre lo escrebides, que pareceç avedes tenuto espiramiento de la guisa que fablaban los nuessos avuelos.

Açuçioso e vero en l'estoria, delectoso en el romance, asavorado en el stylo, çiente de los nomnes todos estonçe costumna-dos, desde los mais apariçientes, fasta los mais ascusos; avedes fecho un monumento de gloria a Spahna, e de choz avedes fincado maioral en el regno de los saveres. Nos ansi lo creiemos e non fallamos carrera a loarvos como deberieis de seer loado, e lo façemos ende segund nuesso pueco poder, mais paladinamientre é non en asconso e defurtadamientre.

Amuchiguad vuessos grafios á vuessa onrra é onrra de vuestos fijos, a doctrina de los nesçientes, a solaz de los omnes entendudos; e otrosi, a exiemplo de todos. Sol luçible, spandiredes lux con que se fagan cralas las oscureças de la fabla de Sennores Reies don Ferrando e don Alonso el sabidor, atan magnos e altos, que non los ovo al desus en el universo mundo. Ansi amostraredes, a los que asmamos sapiencia d'aquelos tempos «de fe é de fierro,» commo vos diçedes muy grandablementre.

En cabo so, e tenuto é el pleyto fecho: parcit ende, Don Gonzalez, el mio osamiento de punnar á serebir con la vuessa penna. Çiente sò que sándio serie el omne en Castiella que punnara por la enristrar, fueras ende un omne sol, don Pascoal Gayangos. Nos pequenno entre los pequennos, segudaremos empós,

magüer luenne , deprendiendo , admirandovos , e diçiendo con
Alonso de Proaçá en las Sergas:

Aqui se demuestran, la pluma en la mano,
Los grandes primores del alto decir,
Las lindas maneras del bien escrebir,
La cumbre del nuestro vulgar castellano.

.....
.....

Por ende suplico, discreto letor,
Que callen los otros de estilo grosero,
Y aqüeste suceda por tu cancionero,
Pues de esto te viene provecho mayor.

.....
.....

Metuda sennale e robrado en Valençia lamada del Cit a los
sex dias andados del mes de Abril, era de mill e ochoçientos e
nonaenta e septe annos.

LEON GALINDO E DE VERA.

RECUERDOS.

El limpio arroyo, que el abril desata,
Del hielo torpe al sacudir el sueño,
Unas veces lloroso, otras risueño,
Entre guijas y musgo se dilata.

Ya el verde tallo de la flor retrata,
Ya el duro tronco del cortado leño;
Ora grande se estiende, ora pequeño,
Cinta parece de luciente plata.

Tras rudo andar por la montaña erguida
Va en su curso tambien atrás dejando
El valle ameno, que á gozar convida.

Así en recuerdo fatigoso ó blando
Atrás en la corriente de la vida
Afañes y placeres van quedando.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

I.

Con harto mayor cuidado que la primera, escribimos esta segunda crónica de la REVISTA, porque la pasión política, que nada respeta, ávida de proyectiles que arrojar al enemigo en la lucha, ha venido á buscarlos á estas tranquilas páginas, en que á fuer de imparciales y sesudos observadores, íbamos consignando la marcha de los sucesos, no con la mano febril del polemista apasionado, sino con la diestra reposada del crítico ordenador de los elementos de la historia.

Penetrar con la ardiente mirada, excitada por el furor de la pelea, en estos museos de lo pasado; arrancar un párrafo ó una palabra, y presentarlo con la firma del autor al pecho de uno de los adversarios, podrá ser un recurso en el combate; pero nos recuerda, sin poderlo evitar, al ropavejero que de un cuadro roto de San Miguel recortó la figura del diablo que estaba á sus plantas, y lo puso á la venta con el nombre del arcángel que lo rotulaba. ¿Cómo pone V. á la venta un demonio con el nombre de un ángel? le preguntaron. A lo que él, muy sério, respondió: «Mire V., él podrá ser un Satanás; pero yo de un San Miguel lo he sacado.»

Así de los juicios críticos, imparciales, severos de la historia, pretenden á menudo arrancar fragmentos incompletos que sirvan de argumentos de actualidad, los revendedores al por menor de los ecos de la opinión pública.

De la falta que echamos en cara al Sr. Cánovas de haber sacado de su abatimiento y postración á los elementos revolucionarios, designándoles como herederos de su poder, quieren deducir nuestra opinión de que debe agravarse aquella falta, entregando cuanto antes la herencia á los impacientes herederos y futuros disipadores. Tanto valdría sostener que el fabulista que nos presentó al villano mordido por la víbora que abrigó en el seno, pretendía, al zaherir su imprudencia, que el rústico se dejara morder impunemente por el diente acerado del reptil en vez de desecharlo, como lo hizo, arrojándolo lejos de sí contra el suelo.

No; de la benevolencia y favor del Sr. Cánovas para con esos elementos, podrá deducirse un cargo en nombre del partido conservador

para el Sr. Cánovas del Castillo; pero ni ese cargo sienta bien en labios de los desagradecidos elementos que favoreció, ni en virtud de la lógica de que es susceptible hasta el vicio, se debe pedir al que una vez erró que estreme, y saque sin piedad las desastrosas consecuencias de todos sus yerros.

Si el Sr. Cánovas creyó, equivocadamente á nuestro parecer, que en frente de una guerra encendida contra la revolucion, y que la restauracion halló pujante en vez de coaligar todos los elementos del bien para desarmarla, debió de coaligar todos los elementos del mal para vencerla; si cree que una vez restablecida la paz ha llegado la época de la depuracion de esos elementos y de la reorganizacion natural de los partidos para emprender la marcha normal de la restauracion, no seremos nosotros, los que insensatamente le pidamos que consume la obra de perdicion, entregando el gobierno en manos de los elementos que convocó en los momentos de la lucha para la resistencia comun, en aras de la lógica y de sus fueros.

Y si los que acudieron á este llamamiento y le auxiliaron, con auxilio bien poco eficaz por cierto, se quejan de no ver realizadas todas sus locas ilusiones, que se aquieten siquiera pensando cuál sería su situacion si no les hubiera tendido su mano cariñosa el actual gobierno.

Partidos leales á la causa de la réstauracion durante todo el período de su desgracia, que fueron tratados como enemigos por el gobierno de esa misma restauracion, apagan en el silencio de la resignacion sus quejas, y ¿habrá de oír el país sin escándalo las de los eternos enemigos de esas instituciones, favorecidos á su advenimiento por ellas, cuando, ni arrepentidos ni enmendados, están solicitando el poder, como el pordiosero maton del cuento, enseñando con cierta ostentacion por bajo de la capa del mendigo el cabo de la espada del soldado?

Consulte enhorabuena sus fuerzas el Sr. Cánovas del Castillo, tantée los resortes de su organizacion, tome el pulso á los suyos, y decida, puesta la mano en el corazon y en Dios la conciencia, si su política aumentó ó amenguó las fuerzas de la restauracion, y de la revolucion que la combate; y puesto que no quiso ó no pudo atraerla, abandone arrepentido el poder, ó demuestre la habilidad de su política con lo vigoroso de su resistencia.

Porque lo que no podrá creer el país, lo que dudará al consignarlo la historia, es que el hombre que halló fuerza y apoyo en su partido y en todas partes en donde lo necesitaba, cuando se trató en los primeros momentos de una restauracion de ir contra los principios, las corrientes, los intereses y la significacion de los elementos conservadores, no lo encuentre hoy, cuando se trata de defender lo que queda de esos elementos, del naufragio total que los amenaza.

Entonces, en vez de esos obstáculos tradicionales que mantienen alejado al partido liberal del poder, segun la audaz aseveracion de los

partidos revolucionarios, quedaria patente la complicidad del elemento conservador, cuando se trata de herir los intereses más sagrados de la religion de la patria.

II.

Hecha esta aclaracion indispensable, reseñemos ahora con rapidez los debates parlamentarios.

Como en realidad las oposiciones no tienen nada que decir, ni aunque tuvieran que decir tendrian autoridad para decirlo; como nadie teme á sus votos ni ella confia en su palabra, el interés ha huido por completo de los debates, y ni la grandilocuencia del señor Leon y Castillo, siempre desproporcionada á los menudos asuntos de la política de su partido, ni la nerviosa palabra del señor Sagasta, mas grande aún que como orador, como tribuno, ni la reposada y serena voz y cerrada argumentacion del Sr. Alonso Martinez, ni las hábiles multiplicaciones del Sr. Gonzalez, han conseguido despertar más atencion que aquella que un auditorio culto tributa siempre á las oraciones retóricas, á las improvisaciones espontáneas y á las disertaciones luminosas de políticos importantes y afamados juriscónsultos. Ni aun las espansiones progresistas que el Sr. Balaguer dejó escapar *ex abundantia cordis* sobre la significacion de su partido, alarmaron á la opinion. La opinion sabe ya á qué atenerse respecto al asunto. Unicamente el Sr. Silvela, al explicar su posicion, logró conmover algo los ánimos. Una campaña conservadora en la oposicion; que robustezca y purifique y aumente el partido conservador, y que disipe el prestigio de las oposiciones liberales, sometidas á la piedra de toque del poder: hé aquí, á nuestro parecer humilde, el ideal latente que animaba las palabras del ex-ministro de la Gobernacion en el gabinete Martinez Campos, colocado, mientras dure el actual estado de las cosas, en una posicion enojosa y difícil. No negaremos que esta sea una de las caras de la medalla..... pero..... ¿y la otra? ¿La desconoce el Sr. Silvela?

En el Senado ha habido algun mayor calor, debido, segun nuestro parecer, más que á la palabra, á la espada de algunos de los oradores. El general Jovellar ha marcado el verdadero punto interesante de la política. Los Sres. Camacho y Cuesta han dado ocasion al Gobierno para poner de relieve una vez más los daños económicos y políticos de la pasada revolucion y los peligros del advenimiento al poder de los elementos fusionistas. El Marqués de Orovio, Presidente de la comision, y el señor ministro de Hacienda, estuvieron implacables en lo económico, y el señor ministro de la Gobernacion pronunció un discurso, que sus más enconados adversarios elogiaron doblemente, al felicitarle por la forma y al censurarlo por el fondo; sobresalió en él la habilidad y el valor con que, sin rehuir la cara á las responsabilida-

des de la historia y de la política, condenó con la madurez del hombre de gobierno las travesuras y arrebatos de su juventud en favor de la revolucion de setiembre. Sus palabras, dictadas en aquellos momentos por la más sincera conviccion, salian con majestad de sus labios, y saludando al pasar á todos los sentimientos generosos, iban á clavarse despues como vibrantes saetas, en el corazon de las reticencias cobardes y de las resignaciones fingidas, al acecho de una revancha. No sabemos quién estuvo mejor: el ministro de la Gobernacion en el Senado al condenar su participacion en la revolucion del 68, ó el Sr. Presidente del Consejo de ministros, al condenar con no menor energía la primera página de su historia borrajada en su juventud, el programa de Manzanares. ¡Cuán lejos estamos, por fortuna, de aquellos tiempos en que se gloriaban desde el banco azul los ministros de sus antecedentes revolucionarios! ¡Quiera Dios que las nubes evocadas por aquellas exaltaciones se disipen, conjurando la tormenta con las actuales reprobaciones! Reprobaciones que los espíritus chicos llamarán palinodias, pero que ante las gentes de honor engrandecen tanto al que las hace, como empequeñecen al que no las comprende.

En cuanto al general Martínez Campos, solo ha hecho una declaracion, que aunque innecesaria para muchos, ha producido gran efecto: Que sean los que fuesen los sucesos, su espada estará siempre al lado del Rey. Estas palabras, á la vez que despojaban de su importancia á las amenazas *civiles* de los fusionados, destruian de tal modo uno de los mayores obstáculos que encuentra el partido fusionista para acercarse al poder, que el Sr. Cánovas del Castillo se creyó en el deber de levantarse y pronunciar una de las oraciones parlamentarias más hábiles que se han oido en Parlamento alguno.

Elevando, con esa elocuencia propiamente parlamentaria, cuyo secreto tan bien posee, y que sin caer en la familiaridad vulgar de la conversacion, ni elevarse á los apóstrofes y arranques del tribuno, sabe mantener la atencion y cautivar el oido; elevando, decimos, sobre el comun nivel de personalidades y reticencias, la candente cuestion que se discute, á la altura de tesis generales sobre principios y conducta en el arte de gobernar el Estado, paseó sobre aquel campo cubierto de cadáveres por las embestidas de sus ministros una bandera de mútua consideracion y de recíproco respeto, y la paseó con tanta majestad y soltura, que daba ganas de saludarla al pasar, como se saluda el iris que se dibuja y colorea en las nubes, recién pasada la tormenta.

Pero á la sombra de aquella bandera de paz, de concordia, que casi nos atreveríamos á llamar de *ambulancia*; al paso que iba recogiendo sus heridos, iba dejando caer en las filas de sus contrarios bombas, tanto más mortíferas, cuanto que estaban cargadas con pólvora sorda.

¡Gran predominio de la cabeza sobre el corazon y la palabra mostró allí el Sr. Cánovas del Castillo! De generalizarse su conducta, veríamos convertido el Parlamento, de campo de sangrientas batallas, en sun-

tuoso salon de baile, en que danzasen con mesura y gravedad los partidos, un acompasado *minué* parlamentario! ¡Espectáculo bello y agradable, si el pais, maltratado y hambriento, no presenciase la fiesta detrás de los cristales!

En suma, la oposicion lleva la peor parte en el debate, como la llevara en la votacion; pero las declaraciones que ha hecho y hasta los plazos que ha fijado, que son sus verdaderos argumentos, están aún por contestar. De la contestacion que reciba dependerá el nuevo giro que tome la política en nuestra patria.

Porque no cabe desconocerlo, y es inútil negarlo. La esfinge de la revolucion, que tanto hizo el Gobierno por reanimar, ha vuelto de su decaimiento y letargo, y está ahí, en medio del camino, proponiendo su enigma á la situacion, y exclamando: adivínalo ó te devoro.

Y este problema, cuyos términos pavorosos son hijos de la política seguida en los comienzos de la restauracion, así como la urgencia con que apremia pidiendo una solucion satisfactoria, se reduce á saber, si se ha de comprar el permiso para vivir á costa de una abdicacion, para plantear las leyes de una política desorganizadora, abriendo las puertas del poder á una coalicion que desde el primer instante de su nacimiento está llamando á ellas con el aldabon de la amenaza, ó si se ha de seguir viviendo, iniciando una política de resistencia, despues de seis años de política de atraccion, en que para atraer lo que ahora es fuerza combatir, se han desatendido y atropellado los verdaderos elementos de resistencia.

Si solo se tratase de la existencia del Gobierno, lo confesamos sin rebozo, veríamos con gusto su expiacion; pero en política el bien comun debe anteponerse á la venganza, aun cuando se parezca mucho á la justicia. ¡Ciegos los que no vean que el porvenir, y hasta la existencia de los intereses conservadores, están al lado del Gobierno en la batalla!

III.

Pero volvamos la vista á otro horizonte mas consolador.

Al fin la *Union católica*, esa enseña de todos los católicos verdaderos; esa sublime aspiracion de Balmes; ese eterno ideal de Aparisi; el programa de *La España católica*; el mandato de Pio IX, y la regla de conducta trazada por Leon XIII, acaba de tener lugar en España, con la bendicion y aprobacion del episcopado español, y con la mas elocuente de todas las consagraciones posibles en estos momentos y este asunto, con la consagracion del apóstol católico, del atleta defensor de los derechos de la verdad y de la Iglesia: de monseñor Freppel.

Sí; la maldicion constante que pesó sobre nuestra desgraciada patria, y merced á la cual imperó la revolucion en su seno, haciendo imposible toda obra católica, empieza á desaparecer, y el estandarte

de la *Union*, levantado esta vez en manos de los Prelados, ondea ya sobre todas las divisiones de los partidos.

El que sea católico antes que político, pertenece á esa *Union*, y unidos los esfuerzos de los católicos, su union será incontrastable y salvadora.

Como toda obra humana protegida por la accion divina, nace acompañada de la contradiccion que la combate, la desfigura y la calumnia para impedirle llegar al logro de los bienes que ambiciona; pero la pureza de las intenciones que animan á todos sus iniciadores; la voz majestuosa de los Obispos que nos grita: «adelante;» el saludo del Prelado elocuente que, en medio de las ruinas de su patria, nos enseña la cruz como el signo para congregar á los dispersos, nos inspiran la plena confianza de que la hipocresía, la envidia, la soberbia y la codicia no lograrán impedir por esta vez la consumacion de tan santa obra.

¡Ah! unidos todos los católicos españoles bajo la presidencia suprema de la Santa Sede y los Prelados; sometidas á su direccion nuestras fuerzas; consagrados á tantas obras salvadoras nuestros recursos; concentrada la sávia de la religion en las esferas católicas; atentos todos á una voz, á una señal, á un fin, ¿qué no se podrá esperar de tan gran asociacion España? ¿Qué baluarte no se alza en frente de la impiedad para detener sus aterradores progresos?

Obra puramente religiosa en su fin, llevará su accion vivificadora y fecunda á todas las esferas, y proclamando los eternos principios de la religion en la ciencia, en la literatura, en la política, en el arte, restablecerá en nuestra patria desgraciada, merced á la lucha de los partidos por la revolucion, el reinado social de Jesucristo.

Proclamada en toda su pureza la religion, sin darle el carácter de la adulación, y despojándola del aspecto de rebeldía, amparándola por do quiera en la ley, é invocando sus imprescriptibles derechos, forzará á sus enemigos á desenmascararse, y establecerá de una vez esa division tan necesaria para que nos contemos: los enemigos de Dios, de la religion y de la patria, y sus verdaderos amigos.

Saludemos, pues, esa *Union* desde las páginas de esta REVISTA; saludémosla como un faro de salvacion; como el áncora de salud para las futuras borrascas; como el lazo de amor que nos une en una misma esperanza, en una misma caridad, y en una misma fe; como el cauce comun por donde corran nuestro sudor y nuestras lágrimas, y, si es preciso, nuestra sangre, en defensa, única y exclusivamente de la Iglesia, sola barca que no perece, única cruz que triunfa, y solo por quien muriendo se resucita á la vida inmortal y á la felicidad eterna!

IV.

Respecto al extranjero, poco tenemos que decir; el resultado de las elecciones municipales en Francia, prueba que la Commune ha asus-

tado un poco á los conservadores; pero estos no ganan terreno, por no unirse con decision y energía, y, en definitiva, la situacion no ha mejorado nada, advirtiéndose solamente cierta lentitud en la marcha de la revolucion, que, si Dios no lo remedia, llevará á Francia al fondo del abismo. Los revolucionarios oportunistas no quieren ver tampoco que ellos son los que alimentan al mónstruo que ha de devorarlos, y todo indica que se acercan los dias de un pavoroso cataclismo. Dios quizá permite esta relativa lentitud, para que los hombres abran los ojos, viendo el castigo suspendido sobre sus cabezas; pero los hombres parecen heridos de ceguera incurable, porque es voluntaria.

En Alemania hay dos cuestiones graves que absorben la atencion de la prensa y de los hombres políticos: la de alianzas en el exterior, y la de los judíos en el interior.

En el primero de enero de la revista alemana, intitulada *•Norte y Sur,•* hay un artículo, firmado *Rhenanus*, cuyo autor, que demuestra estar muy enterado del asunto en cuestion, dice sobre él: «Despues del congreso de Berlin, Gortschakoff se ha esforzado por llevar á cabo una alianza con Francia é Italia, á fin de poder tomar la ofensiva simultáneamente y por todas partes, contra Alemania y Austria. Francia sería recompensada en este caso, recobrando la Alsacia y la Lorena. Italia, apoderándose del Trentino y de Trieste. Antes de que las referidas potencias pudieran ponerse de acuerdo, logró el príncipe de Bismarck tener noticia de las intrigas rusas y se apresuró á ir á Viena para concertar, como concertó, la alianza preventiva austro-alemana, en cuya virtud ambas potencias se comprometieron á defender mutuamente sus intereses, sin atentar á la independencia de los demás Estados.»

Por lo que hace al movimiento antisemítico, en la reunion magna celebrada por los antisemistas en la gran cervecería de Berlin, y á la cual han asistido más de cinco mil personas, el Dr. Henrici, despues de atacar violentamente á Mommsen por favorecedor de los judíos, ha propuesto, y todas sus proposiciones han sido aprobadas por la reunion, pedir al Gobierno la supresion de los periódicos judíos (lo son la mayor parte de los que se publican en Alemania), la exclusion de los judíos del Parlamento, de todos los cargos públicos, y aun del ejército; que se establezca un *Controle* oficial en todas las casas de banca y de comercio tenidas por judíos, y que los asistentes á la reunion se comprometian á no comprar ni leer periódicos judíos, á no comprar nada en sus casas de comercio, y á no votar en favor de los judíos ni de sus amigos en ninguna eleccion.

Es digno de notarse, como observa la *Gaceta de Augsburgo*, que los principales jefes y el mayor número de los afiliados á este movimiento pertenecen á la clase media. Aunque ya existen varios periódicos políticos importantes que lo defienden, entre los cuales descuella la *Deutsches Landeszeitung*, se trata de fundar un periódico exclusivamente consagrado á combatir á los judíos. En las elecciones que deben verificarse

en el verano próximo, se propone el nuevo partido, exclusivamente antisemítico, ensayar sus fuerzas, y espera traer bastantes diputados. Casi todos los días se celebran numerosas reuniones, pero en vista de no haber local suficiente para contener á todos los partidarios del antisemitismo (á una de las últimas reuniones asistieron 15.000 personas, de las cuales solo 5.000 cabían en el local, y las demás tuvieron que estar en las inmediaciones) se ha acordado celebrar reuniones locales en los diversos ángulos de Berlin.

Además, en la noche de San Silvestre, á eso de las dos de la mañana, un grupo de más de quinientos hombres, se situó en las inmediaciones del café Bauer (cuyo dueño es judío), gritando desaforadamente: «¡Afuera los judíos!» y pretendiendo entrar tumultuariamente en el café. No sin trabajo, y después de tener una verdadera lucha con los amotinados, lograron por fin los serenos y guardias, que en gran número acudieron al sitio de la ocurrencia, dispersar á los alborotadores.

El mismo periódico arriba citado, dice que las exhortaciones del Rector y de muchos profesores influyentes de la Universidad de Berlin, entre ellos Mommsen, para que los estudiantes no tomaran parte en el movimiento antisemítico, han sido infructuosas. Se ha formado un comité de estudiantes, el cual ha invitado á los demás de Alemania para una reunion magna, á fin de tratar en ella la cuestion judía, y pedir al canciller medidas severas contra los judíos. Los doctores Henrici y Forster, directores del movimiento, asistirán á dicha reunion.

¡Vivan la *libertad* y la *fraternidad* republicanas!

De Italia nõ hay qué decir, si no que las sectas siguen dominando.

El 26 del pasado, los masones se han presentado en las calles de Roma con sus emblemas y banderas, escoltando en triunfo, hasta el cementerio católico de San Lorenzo, el cadáver del diputado Lauro Macchi, que murió impenitente el dia 23, disponiendo que se quemara su cadaver.

Los proyectos de ley sobre el dinero y sobre liquidacion de las obras pias, serán presentados á la cámara en todo este mes.

Una palabra para acabar.

Los republicanos *liberales* de la república de Guatemala acaban de fusilar á un jesuita por el mero hecho de haber puesto los pies en el territorio de la república, en virtud de *leyes existentes*.

Los republicanos franceses envidian á Guatemala, «aquí, dicen, nos contentamos con ejecutar los decretos; allí lo hacer mejor, *ejecutan á los jesuitas.*»

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

MISCELÁNEA.

El ilustre Sr. Obispo de Angers ha contestado al mensaje de felicitacion que varios católicos le dirigieron, con esta magnífica carta:

«Señores: he recibido con un sentimiento de viva gratitud la carta que me habeis dirigido con fecha 1.º de enero de este año. Nada podia ser más agradable para mí que un testimonio de afectuosa simpatía procedente de la católica España, de la grande y generosa nacion que ha sabido mantener á través de los siglos su unidad religiosa al precio de tantos esfuerzos y de tantas luchas. Si la revolucion la ha hecho descender del elevado rango que en otro tiempo ocupaba en el mundo, vuestra patria no por eso ha perdido los elementos de fuerza y de prosperidad, que autorizan á esperarlo todo para en adelante. Un país que en nuestros dias ha producido pensadores como Balmes y Donoso, no está ciertamente en vias de decadencia intelectual. Hemos podido admirar en el concilio del Vaticano la ortodoxia firme y sábia de vuestros Obispos. En medio de las pruebas á que se les ha sometido desde principios del siglo, vuestras poblaciones han conservado una nobleza, un vigor y una independencia de carácter, que no revelan en manera alguna una raza afeminada ó enervada.

Vengan tiempos mejores, y España, apoyada en sus gloriosos recuerdos y en sus fuertes tradiciones, podrá todavía asombrar al mundo por los recursos que en su seno posee, y de los que puede sacar partido por su propia grandeza, y en interés de la civilizacion cristiana.

Este es el voto que formo con todo mi corazon, y con tanta más confianza cuanto que veo á los católicos de España elegir la religion como verdadero terreno de la defensa contra la revolucion; el terreno en que todos los hombres de buena voluntad pueden encontrarse y darse la mano. Nuestro Señor lo decia en su Evangelio: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y el resto se os dará por añadidura.» Seguramente, yo no soy de los que predicán ó profesan la indiferencia en política: la considero como un grave error.

No; no puede ser indiferente á una nacion tener ó no la forma de gobierno y las instituciones políticas y civiles que respondan mejor á su historia, á su temperamento, á sus costumbres y á sus intereses. No; las cuestiones de derecho y de justicia tienen gran alcance, así en el órden político como en el órden social: no; una revolucion no se legitima por el éxito.

Pero por importantes que sean estas cuestiones particulares á cada Estado, y cuya apreciacion conviene dejar á los que concierne, hay otra mas vasta, mas general, y que domina todo lo demás: la cuestion religiosa. Cabe separarse en materias que no se libran de las contradicciones humanas: divisiones siempre sensibles y hasta funestas; pero nada hay perdido para el porvenir de un país desde el momento que sus hijos, separados en otras cosas, se agrupan al rededor de la bandera de la fe. Bajo la influencia de una doctrina que tiene luces para todos los hombres de buena voluntad, las preocupaciones caen por sí mismas: la nocion del derecho se afirma, la idea de la justicia aparece mas clara y mas exacta, y lo que parecia imposible se hace fácil. Tan grande es el poder de la religion para aproximar las inteligencias y unir los corazones.

Es un hecho incontestable que en esta segunda mitad del siglo XIX la cuestion religiosa ha tomado una importancia que no esperaban aquellos mismos que se complacian en colocarla en primera línea: se sobrepone á todo y está en el fondo de todo. Parlamentos, congresos científicos, reuniones populares; no hay asamblea en cuya orden del día no figure, y no hay materia que la prensa, ya cotidiana ya periódica, trate con mayor complacencia ni con tanta libertad. Es honor de la religion católica, y prueba irrefragable de su divinidad, poner así en movimiento á cuantos manejan la pluma ó la palabra de un extremo al otro del mundo.

Procedente del protestantismo y de la revolucion francesa, se ha formado una vasta conspiracion contra la Iglesia, sus dogmas y sus instituciones.

La francmasonería, la Internacional y las sociedades secretas son sus más activos agentes; y sea debilidad, sea imprevision, la mayor parte de los Gobiernos contribuyen á ello, sin comprender el porvenir que se preparan. En América y en Europa, en España como en Francia, la crisis es la misma; arrojar á Dios y á Jesucristo del Estado, de la escuela y de la familia, para relegarlos al fondo de la conciencia individual, á reserva de atacarlos en esa última trinchera por la seducción, las amenazas, el alejamiento de todo empleo, de toda funcion pública. Hé aquí el sistema elaborado en las lógicas masónicas, y que, aplicado un día y otro con tanta habilidad como perseverancia, debe, en concepto de sus autores, producir la apostasía de las naciones cristianas.

Non praevalent. No prevalecerán. Lo sabemos y tenemos la garantía de la palabra divina.

¡Pero cuántas ruinas causadas por los asaltos dados contra las conciencias cristianas! Y para impedir que el mal se extienda, ¿no es necesario que todos los católicos de un mismo país se unan estrechamente en el terreno de la Religion, cualesquiera que sean, por otra parte, sus divergencias de opinion sobre otros puntos; que trabajen de acuerdo por el triunfo de la fe con el ejemplo, con la palabra, con obras, en el Parlamento como en la prensa, en la víspera de las elecciones como en el día del escrutinio?

La victoria no puede obtenerse sino á este precio: y esta victoria es fácil cuando la propaga la caridad fraterna, porque los católicos cuentan con el número, la inteligencia, la energia de las convicciones, y lo que vale infinitamente más, la gracia de Dios y la verdad.

Si existe un país en el cual la Religion pueda y deba de ser, para todos sus hijos, sin distincion de partidos, una bandera y un centro de union, ese país es el vuestro; porque para vosotros, españoles, las palabras catolicismo y patria, expresan la misma idea.

Con la bandera de la fe en la mano, salió el heroico Pelayo de la cueva de Covadonga para rehacer una nacionalidad que parecia haber quedado destruida para siempre; y vuestros padres mantuvieron enhiesta la bandera durante una lucha de ocho siglos contra la Media Luna. Ella condujo igualmente á vuestros marinos al descubrimiento de nuevos mundos, y guió los pasos de Gonzalo de Córdoba, de Hernan Cortés y del vencedor de Lepanto.

Los días gloriosos de la monarquía española fueron aquellos en los cuales reinaba soberanamente la fe católica con Fernando é Isabel, con Carlos V y Felipe II. Esas grandes fundaciones y esas grandes reformas, á las que van unidos los nombres de Santo Domingo, de San Ignacio de Loyola, de Santa Teresa, ¿no prueban el poder y la fecundidad que la Religion ha sabido comunicar á vuestros más ilustres hijos?

¡Cuánto resplandor añade á nuestras glorias nacionales la ciencia teológica de Melchor Cano, de Suarez y de toda la inmortal escuela de Salamanca, que no ha tenido otro rival en el mundo que la Sorbona de París! Nombrad por una parte á Velazquez y Murillo, y por la otra á Garcilaso, Herrera, Ercilla, Cervantes, Lope de Vega, es decir, lo bastante para que se sienta qué espíritu religioso ha inspirado constantemente nuestra literatura y vuestras artes.

Y reuniéndoos tambien bajo la bandera de la fe, habeis sabido en época más reciente, encontrar bastante constancia y energía para defender la unidad y la independencia de nuestro noble pais. No os admireis, señores, de oir á un Prelado extranjero hablaros el lenguaje del afecto fraternal. A ello me habeis estimulado con la tierna expresion de vuestras simpatías hácia la nacion francesa, y no es inútil, por otra parte, que los hijos de una Iglesia, tan grande como el mundo, cambien, salvando las fronteras, palabras de aliento y consejo.

¿No vemos, por ventura, á los revolucionarios de todos los paises sostenerse y darse la mano para el triunfo de una misma causa? Pues este apoyo moral, que es á menudo una gran fuerza, debemos prestársele sin vacilacion á todos aquellos que, en cualquier region del mundo, defienden los derechos y los intereses de la Iglesia.

Yo no puedo dejar de aplaudir vuestros esfuerzos para realizar entre vosotros la union católica en toda su plenitud. Con las enseñanzas de la Santa Sede por base, y bajo la alta direccion de vuestros Obispos, no dejareis de trabajar eficazmente por el bien de vuestra querida patria. Hé aquí por qué me permito deciros á mi vez: ¡Valor y confianza!

Combatís el buen combate, tomando por divisa: *Cor unum et anima una*. Combatís bajo un estandarte, en el cual está escrito: *In hoc signo vinces*: Con este signo vencerás.

Recibid, señores, la seguridad de mis sentimientos afectuosos en Nuestro Señor.

† CARLOS EMILIO, *Obispo de Angers.*

Nunca pudimos soñar que iba á ser tan grande, como por fortuna lo ha sido, el éxito de nuestra publicacion. Vinimos á la vida pública en momento harto solemne, y de aquí sin duda el recibimiento que se nos ha dispensado. Esto nos mueve á redoblar nuestros esfuerzos, y á seguir perseverantes el camino emprendido, sin vacilaciones ni desmayos. La torcida interpretacion que se ha dado á nuestro programa, ciertas actitudes más dignas de lástima que de otra cosa, nada valen ni nada significan, ante las pruebas de sincero afecto que de personas de toda clase y condicion, algunas de altísima jerarquia, hemos recibido. Prenda segura de que marcharemos siempre por la línea recta, la vemos en el hecho de que ciertos consejos han de tener para nosotros fuerza de mandatos.

Devolvemos nuestro cordial saludo á cuantas publicaciones vieron un amigo en la REVISTA DE MADRID; y como lo ultramontano no quita á lo cortés, hacémosle extensivo á los que nos miran como adversarios.

BENDICION DE S. S. EL PAPA LEON XIII.

Por conducto del Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en estos Reinos, pedimos á Ntro. Smo. Padre Leon XIII su Apostólica bendicion; y acabamos de saber oficialmente que el Padre Santo la concede amoroso al Director, redactores y lectores de la REVISTA DE MADRID. Esta señaladísima honra que nos dispensa el Inmortal Pontifice que ocupa hoy la Cátedra de S. Pedro, nos alienta y vigoriza para continuar la tarea que nos hemos impuesto de defender los sacrosantos derechos de la Iglesia, y de procurar que sea pronto una verdad en la vida práctica, la soberanía social de Jesucristo.

DISCURSO PRELIMINAR

AL TOMO III DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES.

(Continuacion.)

De Voltaire trazó el mas admirable retrato José de Maistre en dos elocuentísimas páginas de sus *Noches de San Petersburgo*. Nunca el genio de la diatriba y el poder áspero y desollador del estilo han llegado mas allá. Solo el *vidente* y puritano Carlyle, en cierto pasaje de su *History of the french revolution*, ha acertado á decir de Voltaire algo, si menos elocuente, aún mas terrible y amargo.

Voltaire es mas que un hombre; es una legion: y á la larga, aunque sus obras, ya envejecidas, llegáran á caer en olvido, él seguiria viviendo en la memoria de las gentes como símbolo y encarnacion del espíritu del mal en el mundo. Entendimiento mediano, reñido con la metafísica y con toda abstraccion; incapaz de enlazar ideas ó de tejer sistemas, ha dado su nombre, sin embargo, á cierta depravacion y dolencia del espíritu, cien veces mas dañosa á la verdad, que la contradiccion abierta. ¿Quién sabe á punto fijo lo que Voltaire pensaba en materias especulativas? Tómense aquellos libros suyos que mas se parecen á la filosofía: el tratado *de metafísica* (así llamado por irrision), el opúsculo que se rotula *Il faut prendre un parti, ou le principe d'action*, y á vueltas de la increíble ligereza con que están escritos, solo se hallará en el fondo de todo cierto superficial y vulgarísimo *deísmo*.

Voltaire nunca fué ateo: quizá le libró de ello su admiracion al Dios de Newton; pero ¡cuán pobre y mezquinamente razona

esta creencia suya! ¡Por cuán triviales motivos se inclinaba á admitir la inmortalidad del alma! De sus obras no puede sacarse filosofía ni sistema alguno: habla de Descartes, de Leibnitz, de Malebranche, sin entender lo mismo que impugna; y rebaja y empequeñece el sensualismo de Locke al aceptarle. Voltaire no pesa ni vale en la historia, sino por su diabólico poder de demolicion, y por la maravillosa gracia de su estilo, que así y todo, y en medio de su limpieza, amenidad y tersura, carece en absoluto de seriedad y de verdadera elocuencia. Puso la historia en *solfa* (como vulgarmente se dice), considerándola como ciego mecanismo, en que de pequeños efectos nacen grandes causas; materia de risa y de facecias inagotables, en que lo divino y lo humano quedan igualmente mal parados. ¡Y qué exégesis bíblica la suya, digna, no de Espinosa ni de Eichornn, ni de la escuela de Tubinga, sino de cualquier lupanar, taberna ó cuerpo de guardia! Ese hombre ignoraba el hebreo y el griego, y pretendía impugnar la autenticidad de los sagrados textos, tan cerrados para él como el libro de los siete sellos. Se creía poeta, y no percibía ni un átomo de la belleza de las Escrituras, y tenía valor para enmascarar en ridículas y groseras parodias las sublimes visiones de Ezequiel, el libro de Job, y los enamorados suspiros de la Sulamita. Parece como que Dios, en castigo, le hirió de radical impotencia para toda poesía noble y alta. Ni la comprendía, ni acertaba á producirla, ni sabía de mas arte que del convencional, académico y de salon. ¡Tales tragedias frias y soporíferas hizo él! ¿Ni qué sentido hondo y verdadero de la hermosura había de tener el hombre para quien Isaías era fanático extravagante, y Shakespere salvaje beodo?

Dios había enriquecido, no obstante, aquella alma con ciertas dotes soberanas, todas las cuales él torció y pervirtió. De su estilo ya queda indicado que es la transparencia misma, y debe añadirse que en manos suyas es como blanda cera, apta para recibir cualquiera forma. Escribió de todo, y con extraordinaria

falta de ciencia y de sosiego; pero siempre con elegancia, facilidad y agrado. Dió extension á la lengua francesa, y le quitó profundidad, aparte de haberla arrastrado por los suelos y prostituido indignamente. Tenia todas las malas cualidades de su nacion y de su raza, y sobre todas, el espíritu liviano y burlador, que atropella por lo mas sagrado, á trueque de lograr un chiste. Así manchó de torpe lodo la figura mas virginal é inmaculada de la historia de Francia.

Leido hoy Voltaire, no provoca la risa inagotable que en sus contemporáneos excitaba, ni tampoco el terror que en nuestros católicos abuelos producía su nombre. Mueve á indignacion unas veces, otras á lástima. No eran mejores la mayor parte de los hombres del siglo XVIII; pero ninguno tenia el talento de escritor que él, y ninguno hizo tanto daño. En aquella espantosa saturnal, que se inicia con la Regencia y acaba con la Revolución, su voz se levanta sobre todas, y se oye de un cabo á otro de Europa, contribuyendo á ello la universal difusión de la lengua francesa, lo rápido y animado de aquellos *pamphlets* anti-cristianos, la mezcla de burlas y veras, y de reclamaciones contra verdaderos abusos sociales, jurídicos y económicos, la aparente claridad de un espíritu móvil é inquieto, que, con no llegar jamás al fondo de las cosas, halagaba la pereza intelectual y el desvío de la atención seria y fecunda, y finalmente, todos los instintos carnales, groseros y materialistas, invocados por la nueva filosofía como auxiliares útiles y razones de peso. Así logró Voltaire su *hegemonía*, de que no hay otro ejemplo en el mundo. Así se jactó de haber hecho en su siglo mas que Lutero y Calvino. ¿Qué teatro de Europa hubo, desde Madrid á San Petersburgo, donde no se representasen sus tragedias, en que la monotonía y falsedad del género están avivadas por dardos mas ó menos directos contra el ministerio sacerdotal y el *fanatismo*, que él personifica en sacerdotes griegos, ó en mandarines chinos, ó en el falso profeta Mahoma, ó en los conquistadores de América, no

atreviéndose á herir de frente al objeto de sus perennes rencores? ¿Hubo apartada region á donde no llegasen el *Diccionario filosófico* y el *Ensayo sobre las costumbres*? ¿Qué dama elegante ú hombre de mundo dejaron de leer sus malignos y saladísimos cuentos, el *Cándido* y el *Micromegas* (tan inferiores, con todo eso, en profundidad y amargura, á las tristes y misantrópicas invenciones de Swift), obras que, en son de censurar el optimismo leibniciano y el antiguo sistema del mundo, destilan la mas corrosiva, despiadada y sacrilega burla de la Providencia, de la libertad humana y de todos los anhelos y grandezas del espíritu? No llamemos á Voltaire pesimista, ni hagamos á Leopardi, á Schopenhauer y á Hartmann la afrenta de compararlos con este *ximio de la filosofía*, incapaz de sentir tan altos dolores, ni de elevarse á las metafísicas de la desesperacion, de la muerte, del aniquilamiento ó *nirvana*, y de la voluntad fatal é inconsciente. No cabian tales ideas en la cabeza de aquel epicúreo práctico, cortesano y parásito de reyes, de ministros y de favoritas reales. Su filosofía era la que expuso en los versos del *Mundano*. *Júpiter al crearnos, hizo un chiste muy frio y sin gracia*; pero ¿cómo remediarlo? Despues de todo *¡qué gran edad es esta edad de hierro!* Lejos de pensar en revoluciones ni soñar con la libertad de los pueblos, el patriarca de Ferney se enriquecía con pensiones, donaciones y mercedes, viniesen de donde vinieran, y hasta con el tráfico de negros. El carácter bajo y ruin del hombre está al nivel de la sublimidad del pensador. Envidió á Montesquieu; persiguió y delató á Rousseau; destrozó indignamente la *Merope* de Maffei, despues de haberla plagiado; calumnió sin pudor á sus adversarios y á sus amigos; mintió sin cesar y á sabiendas; escribió de Federico el Grande horrores dignos de Suetonio, despues de haberse arrasrado como vil lacayo por las antesalas de Postdam, y finalmente, *para dar buen ejemplo á sus colonos*, solia *comulgar* en la iglesia de Ferney. ¿Qué cosa humana ó divina hubo que no manchase con su aliento?

Pero Voltaire, entregado á sus propias fuerzas, no hubiera llegado al cabo de su empresa de Anticristo, sin el concurso voluntario ó ciego de todas las fuerzas de su siglo, el mas perverso y amotinado contra Dios que hay en la historia. Reyes, príncipes, magnates y nobles, como poseidos de aquella ceguera, présaga de ruina, que los dioses paganos mandaban sobre aquellos á quienes querian dementar, pusieron el hacha al pié del árbol, y hasta dieron los primeros golpes. En Prusia Federico II; en Rusia Catalina; en Austria José II; en Portugal Pombal; en Castilla los ministros de Carlos III, se convirtieron en heraldos ó en despóticos ejecutores de la revolucion impía, y la llevaron á término, á mano real y contra la voluntad de los pueblos. Las clases privilegiadas se contagiaron donde quiera de volterianismo, mezclado con cierta filantropía sensible y empalagosa, que venia de otras fuentes, y que acaba de imprimir carácter al siglo.

En medio de aquella orgía intelectual, casi es mérito de Montesquieu haber dado á sus teorías políticas cierta moderacion relativa, cierto sabor práctico é histórico á la inglesa, aunque resbaló en la teoría fatalista de los climas, aplicada á la legislacion, y bien á las claras mostró su indiferencia religiosa en todo el proceso del libro.

Pero no fué este el código de los políticos de la edad subsiguiente, sino la cerrada y sistemática utopia del *Contrato social*, que erigió en dogma la tiranía del Estado, muerte de todo individualismo, con ser el autor del *Contrato* muy individualista, á su modo, y aun apologista de la vida salvaje y denigrador de la civilizada. La vida de Rousseau, que él cuenta á la larga y con cínicas menudencias en sus *Confesiones* es, de igual suerte que sus escritos, un tejido de antinómias. En filosofía era algo mas espiritualista que lo que consentia la moda del tiempo, y en religion no se detenia tampoco en el deismo abstracto, sino que llegaba á cierta mania de cristianismo antitrinitario, láico y sociiano. Tal es, á lo menos, la doctrina que parece sacarse en lim-

pio de su *Confesion del Vicario saboyano* y de las *Cartas de la Montaña*. En política era demócrata, y no por mas altos motivos que por haber nacido en condicion plebeya y humilde (que él llegó á realzar con el entendimiento, nunca con el carácter), y por mirar de reojo toda distincion y privilegio, y juzgarse humillado en aquella sociedad que, sin embargo, le recibió con los brazos abiertos, y no se cansó de aplaudir sus paradojas sobre la desigualdad de las condiciones y el influjo de las ciencias y de las artes en la corrupcion de los pueblos. Dióse á moralizar el mundo en nombre de la *sensibilidad*, palabra de moda en el siglo XVIII, y que en su vaga y elástica significacion, cubria extraña mezcla de sofismas, de lugares comunes y de instintos carnales. Copiosas lágrimas vertieron las damas de aquella era con la lectura de *Julia, ó la nueva Heloisa*, novela en cartas, que hoy nos hace dormirar despiertos, y no porque el estilo deje de tener extraordinaria riqueza de frases, y calor y movimiento en ocasiones, sino porque casi todo es allí falso y convencional, y mas veces retórico que elocuente, de tal modo, que ni la pasion es pasion, ni el mismo apetito se desata franco y descubierto, sino velado con mil cendales y repulgos de dicion, ó desleido en pedantescas disertaciones, con acompañamiento de moral práctica y hasta de higiene.

Defectos parecidos, y aún mayores, tiene su *Emilio*, especie de novela pedagógica, en que todo es ficticio y calculado, todo se reduce á mezquinas sorpresas y pueriles disfraces; lo mas contrario que puede haber á una educacion sana, generosa y amplia, en que armónicamente se desarrollen todas las facultades humanas, sin miedo al sol, á la luz ni á la vida. Pero ¡qué idea tenia de esto Rousseau, que no da nocion alguna religiosa á su alumno hasta que pasa de los umbrales de la juventud! y ¡qué ausencia de sentido estético y de delicadeza moral, qué grosería de dómone en la manera de contar y dirigir los amores de Emilio y Sofia!

No obstante, el libro entusiasmó, sobre todo á las mujeres,

que en gran parte labraron la reputacion del *filósofo de Ginebra*. Muchas damas de alta prosapia se dieron á lactar ellas mismas á sus hijos, solo porque en el *Emilio* se recomendaba esta obligacion natural. Las gentes que no querian pasar por materialistas y groseras, entraron en la comunion del *Vicario saboyano*. Apareció en el tipo del *hombre sensible*, amante de la soledad y de los campos; menudearon los idilios pedagógicos, y todo fué *panfilismo*, todo deliquios de amor social. Y vino, como en todas las épocas de decadencia, una verdadera inundacion de poesías descriptivas, y de meditaciones morales; especie de reaccion y contrapeso á la literatura obscena y soez que manchó y afrentó aquel siglo, desde los cuentos de Crebillon hijo y los *Bijoux Indiscrets* de Diderot, hasta el *Faublas* de Louvet ó las *Memorias de Casanova*, obras las mas ferozmente inmundas que ha abortado el demonio de la lujuria.

No hubo siglo que mas tuviera en boca el nombre de filosofía, ni otro mas ayuno de ella. Desde los cartesianos hasta Condillac, el descenso es espantoso. Voltaire habia traído de Inglaterra, y puesto en moda, el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke; pero Locke, en medio de su empirismo, aún parecia demasiado metafísico, y lo es ciertamente, si se le compara con sus discípulos franceses. Para estos fué axioma indiscutible el que *pensar es sentir*. Condillac definió el pensamiento *sensacion transformada*. Aún cabia descender mas, y Helvecio, en sus indigestos libros de *El Hombre* y de *El Espíritu* (que entonces se leyeron mucho por haber sido prohibidos), lo redujo todo á sensaciones físicas, y puso en el placer material el movil y gérmen de todas las acciones heroicas y virtuosas. Destutt-Tracy, cuyos trabajos de Gramática general conservan cierto valor, declaró que *la ideología era parte de la zoología*. El médico Cabanis, que en sus *Investigaciones sobre lo físico y lo moral del hombre*, esparció curiosas y sagaces observaciones, no solo físicas, sino psicológicas, opinó que «el cerebro segregaba el pensamiento como el hí-

gado la bilis.» Todo esto (repito) se llamaba filosofía, y tambien *El Hombre Máquina* de la Mettrie, cuyo solo título indica fatalismo ó anulacion de la ley moral, pero que así y todo no da idea de las increíbles extravagancias de aquel gárrulo cirujano, v. gr., del poder que atribuye á la buena digestion en las obras de la virtud y del arte. Ni las bestias, si Dios les concediese por un momento la facultad de filosofar, habian de hacerlo tan rastreramente como los comensales de Federico II ó del baron de Holbach. La tertulia de este prócer aleman establecido en París, fué el primer club de ateismo, y de allí salieron tan perversos engendros como el *Sistema de la Naturaleza* (donde se enseña, en estilo de cocina, la creacion del mundo por el concurso fortuito de los átomos), el *Código de la Naturaleza* y la *Moral Universal* (moral digna de tal cosmología), y tantos otros catecismos de ramplona incredulidad, que en su tiempo fueron horror de las gentes piadosas y escándalo de los débiles, y que hoy yacen empolvados, como armas envejecidas y mohosas, en los montones de libros de lance.

No á todos, ni á los materialistas mismos, satisfacía tan bajo modo de considerar al hombre y á la naturaleza. Y más que nadie se impacientaba con las explicaciones de Holbach y Helvecio el famoso Diderot, cuyo nombre están hoy resucitando y ponderando los evolucionistas y darwinistas, porque no hay duda que los precedió en la doctrina de la transformacion de las especies, siguiéndole en esto el naturalista Lamarck. Era Diderot ingenio vivo y de gran rapidez de comprension y movilidad de impresiones, admirable y poderoso en la conversacion, improvisador eterno, sin perfeccion ni sosiego en nada. Sembró los gérmenes de muchas cosas, casi todas malas (exceptuando sus doctrinas sobre el teatro, que él no supo desarrollar y aplicó de un modo prosáico y *bourgeois*, pero que luego fueron base de la *Dramaturgia* de Lessing) pero no llevó á cumplimiento cosa alguna. Sus mejores escritos, v. gr., el diálogo que tituló *Le Neveu de Rameau*, son un verdadero *bric-à-brac*, donde todas las ideas se

mezclan y confunden como en el tumulto y agitacion de las pláticas de sobremesa. Diderot fué en su siglo lo que hoy diriamos un *periodista*. De él viven más el nombre y la triste influencia que las obras. Unido con el exímio matemático D'Alembert, y poseidos uno y otro de la manía generalizadora propia de la época, emprendieron reducir á inventario y registro la suma de los conocimientos humanos en aquella famosa *Enciclopedia*, hoy de nadie consultada, y memorable sólo á título de fecha histórica. Algunos artículos de artes ó de crítica literaria aún pueden leerse con agrado, y es en su línea trozo notable el *Discurso preliminar* de D'Alembert, que ordena y clasifica las ciencias conforme al método de Bacon, y hace breve historia de sus progresos, con relativa templanza y aun timidez de juicio, con académica elegancia de frase, y con infinitas omisiones y errores de detalle. Todo lo demás de la *Enciclopedia* yace en el olvido, y no se levantará. Para su siglo fué máquina de guerra y legion anti-cristiana, en que todos sus enemigos, directos ó solapados, se conjuraron y unieron sus fuerzas.

No sólo á Francia; no sólo á los países latinos, Italia y España, se extendió el contagio. La misma Inglaterra, que habia dado el primer impulso, se convirtió en humilde discípula de la impiedad francesa, y le dió discípulos que valian más que los maestros. Así el escéptico David Hume, cuya filosofía tiene mucha semejanza con lo que llaman ahora neo-kantismo, y el historiador Gibbon, ejemplo raro de erudicion en un siglo frívolo. ¡Lástima que quien tanto conoció los pormenores, no penetrase nunca el alto y verdadero sentido de la historia, y que adorador ciego de la fuerza bruta y de la monstruosa opulencia y del inmenso organismo del Imperio Romano, sólo tuviera para el Cristianismo palabras de desden, sequedad y mofa!

M. MENENDEZ PELAYO.

(Se continuará.)

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

—¡Si le oyeran á V.!

—Silencio, Lorenzo, silencio; me ha sorprendido V. en una de esas horas de desaliento y de amargura, sin las cuales la vida de los hombres de este siglo sería completamente paradisíaca. La estirpacion de nuestras berrugas morales y religiosas (no sé qué donoso escritor ha bautizado con ese nombre las mejores facultades del alma) no es tan radical y completa como fuera menester en el siglo en que vivimos y en la sociedad que frecuentamos..... pero no tema V.; esto es pasajero..... y apoyándose en el brazo de su interlocutor, que de vez en cuando le miraba con inquieta y compasiva mirada, abandonó el saloncito en donde la lectura del suelto periodístico y las íntimas confianzas habian tenido lugar, y atravesando otros dos gabinetes y una galeria adornada con cuadros, muebles y objetos artísticos, penetró, sereno y sonriente, en un espacioso salon, donde reinaba, entre un corro de comensales y admiradores, la divinidad familiar de aquellos sitios; la dama discretísima y elegante, su amiga y *mecenas*..... Tula Scheineider, en una palabra.

.....

.....

No ha menester el discreto lector, por poco que aguce su memoria, de una descripcion muy minuciosa para recordar el porte altivo, á la par que gracioso, la distincion frisante en originalidad, la franqueza y cordialidad un tanto varoniles de la que fué, con su tertulia abierta desde media noche á la madrugada, y con sus banquetes, fácilmente brindados á numerosos y heterogéneos

amigos, providencia y númen de muchos ingenios, amparadora de muchas celebridades, refugio y hogar de gran número de elegantes ociosos durante largos años de nuestra historia moderna.

Tula Scheineider, medio alemana, medio española, ofrecía entonces una fisonomía tan especial y característica, que tomaríamos por vanidad y pedantería el intento de describir su persona y aquilatar sus cualidades. Baste saber, desde el punto de vista histórico, que en el año 186..... se hallaba todavía su belleza en ese período crepuscular y misterioso, no exento aún de atractivos, que recordaba muy de cerca el brillante período de sus triunfos; que su fortuna, unas veces en alza, comprometida otras por la audacia mercantil de su esposo, afortunado emprendedor cosmopolita, ofrecía las posibles garantías de formalidad y solidez; y que su crédito de mujer á la moda y de ama de casa elegante corría parejas con el que obtenía la firma de su esposo en las Bolsas nacionales y extranjeras.

La sonrisa benévola y familiar, y el lánguido apretón de manos—á la inglesa—con que favoreció á nuestro recién presentado Juan Antonio, hubiera demostrado á cualquiera la especial é íntima amistad con que aquella amiga íntima de todo el mundo distinguía al brillante jóven á quien hemos sorprendido en una de sus contadas horas de abatimiento, de desconuelo, ó tal vez de franqueza.

Fiel éste, sin embargo, á la promesa hecha á su interlocutor, habia recobrado en un momento la serenidad impasible que corresponde á un hombre seguro y satisfecho de sí mismo, y nadie, al verle codearse, amable y frio, con sus contertulios, decidir con un chiste todas las discusiones, y apagar con una frase todas las polémicas, hubiera sospechado que aquel hombre cortés, refinado é indiferente, no estaba animado respecto de sí mismo, de un aprecio y cordialidad solo comparables con el desprecio que le inspiraba el resto del género humano.

Una singularidad, entre otras, distinguía la tertulia de Tula Scheineider de la mayor parte de las tertulias. La escasez, muy semejante á la ausencia completa de mujeres.

Afectaba en sus modales y hasta en su atavío un aire varonil, que hermanaba perfectamente con el género especial de su

hermosura, severo é imponente; y de este aire, no exento de elegancia y buen gusto, participaba toda la casa.

Jamás sus salones, presididos por ella, y animados por la presencia de su hija Julia y de su sobrina Sofia Aranda (únicas mujeres que con alguna escéntrica ó inofensiva amiga concurrían á ellos), fueron testigos de esas rivalidades femeninas, de esos celos y de esas pasiones mujeriles que, al decir de los enterados, señalan por un salon el paso menudo y elegante de las hermosas enemigas de nuestros corazones, á pesar de lo cual, y como si la dueña de la casa quisiera vindicar á su sexo de estos rumores calumniosos, no faltaban en la suya sostenidos y alimentados por sus comensales masculinos, ni chismes, ni rencores, ni rivalidades, ni pandillajes enemigos.

El arte desplegado por ella no se dirigia tanto á apagar esos ódios y á aplanar esas diferencias, como á mantener entre unos y otros el imperio nunca disputado de su influencia.

Tula discutía y peroraba poco; rara vez hablaba; pero poseía el don inapreciable de escuchar admirablemente, preciosa cualidad para el trato con personas naturalmente habladoras. Con esto no pretendemos demostrar que todo lo entendiese; pero al menos todo lo escuchaba.

Un confeccionador de enciclopedias del saber manual hubiéra comprado á cualquier precio aquella cabeza encantadora, animada por dos hermosos ojos que intensamente se fijaban siempre en el interlocutor, jóven ó viejo, apuesto ó negligente, vulgar ó distinguido, que comunicaba con ella en voz baja, ó una historia amorosa, ó un plan de hacienda, ó el argumento de un drama, ó una reforma militar, ó el secreto de una Cancillería.

El enciclopedista hubiera, sin embargo, procedido muy cuerdamente, si antes de arriesgar sus capitales se hubiera previamente informado acerca de la permanencia y clasificacion de todos estos datos y noticias en el cerebro de la hermosa alemana.

.....

.....

Compartían aquella noche el privilegio de su atencion un general de cuartel, gran reformador de uniformes, y un pianista, á quien lo desaliñado y exuberante de su melena, casi tanto como la agilidad de sus manos, habían dado extraordinaria fama en los

círculos elegantes de la corte. Otro interlocutor permanecía en silencio sonriendo, ya á uno, ya á otro de sus compañeros, medianamente satisfecho al parecer de esta diversion inocente, que interrumpió la dueña de la casa, invitándole á que estrechara el círculo, colocándose más á su lado; y como si este especial favor no fuera bastante,

—¿Qué tiene esta noche el noble puritano?—le dijo, dándole en el hombro un cariñoso golpecito con su abanico.—Vds. no se conocen—añadió, dirigiéndose al general.—El Sr. Conde de Cavia.—El general Marquez.—D. Arturo Alfóx.

Los presentados cambiaron entre sí sus saludos, sonrieron mientras duraron estos, y una vez terminados, y como quien recoje del suelo un pañuelo, guardándole en seguida en el bolsillo, se quedaron al instante mucho más serios de lo que estaban.

—Con que ¿cómo llevamos los trabajos preliminares de nuestra eleccion?—siguió diciendo Tula, gratificando al Conde con una mirada en que aparecía claramente formulado este íntimo pensamiento: «No olvide V., amigo mio, que de esa eleccion pende mi subsistencia, la salud de mis hijas y de mi marido, y hasta el perdon eterno de mis culpas.»

Disponiase el preguntado, en reconocimiento al cariñoso interés que le tributaba la hermosa Tula, á entrar en detalles acerca de aquel particular interesante, cuando su interlocutora, temiendo sin duda que el general proyectista se juzgase olvidado, volvió á él sus ojos, y con la misma expresion de solicitud amistosa:

—Diga V., y la artillería, mi general, por Dios, la artillería! ¡no me olvide V. la artillería!—le dijo, cruzando una con otra sus lindas manos en ademan de súplica.

El general, rendido á la vehemencia de aquel deseo, empezó á embrollarse trabajosamente en una explicacion tan complicada de cureñas movibles y fijas, de vestuarios de gala y de cuartel, de monturas de campaña y de parada, de morriones, forrajeras, bastes, morrales, casacas y mochilas, que el Conde de Cavia juzgó prudente guardar en su interior las confidencias electorales, ya dispuestas á salir de sus labios, temeroso de que en el ardor de la conferencia, el general reformista y la misma Tula le ofrecieran dos cañones de acero para decidir su eleccion, á cambio

de la promesa formal de vestir á su costa á todos los electores de la provincia con el modelo de uniforme debido á la inventiva del general Marquez.

Concedió un momento de atencion, lo preciso nada más para poner en buen lugar su cortesía, á las trabajosas explicaciones de aquel ingenioso inventor, y se dedicó en seguida á prepararse una retirada, deslizándose con cautela entre él y el pianista catalan, que aún se obstinaba bizarramente en esperar su turno de antigüedad en las confidencias del ama de la casa.

CAPITULO III.

SIMPATÍAS Y ANTIPATÍAS.

La expresion de mal disimulado aburrimiento, que prestaba algunas sombras á su semblante juvenil, fué poco á poco disipándose á medida que se alejaba del grupo, y al ocupar un sitio vacío al otro extremo del salon, sitio defendido de acontecimientos indiscretos por una mesa, llena de labores femeninas, y por dos sillones en que concienzudamente dormian su siesta dos de los contertulios más ancianos, sitio que cualquiera hubiera dicho que le esperaba, sitio, en fin, que embellecia y animaba una linda muchacha de diez y ocho á veinte años, que le tendió una mano blanca y sonrosada, con el tranquilo ademan del que recoje desde lugar seguro á un náufrago que se ahoga, acabó por completo de serenarse, y estrechando con efusion aquella blanca mano,

—Muchas gracias, Sofía—exclamó lanzando un suspiro de inmensa complacencia—es V. un ángel.

—¡La jornada, terrible! ¿no es verdad?—dijo la jóven, sonriendo á su interlocutor por encima de su bordado, pero sin abandonar su trabajo.

—Sangrienta, espantosa—contestó este.

—¡Pobre tia! ya le advertí á V. que hoy estaba más distraida que de costumbre.

—¡Señora! cualquiera se distrae, y yo sería el primero en buscar disculpa á sus distracciones, si ella misma no pretendiera demostrarle á uno que le presta atencion, cuando en todo piensa me-

nos en eso. ¡V. y Julia deben pasar á su lado una vida de perros!

—No lo crea V., no lo crea V.—afirmó Sofia con singular viveza—nadie podrá figurarse lo que es mi tia en la intimidad.... ella, tan animada en público, tan brillante....

—¡Y tan frívola!

—¡Carlos, por Dios! ¡Si viera V. qué buena es, pero qué cariñosa y qué buena! Muchas veces pienso en lo que pudiera haber sido de ella y de nosotras, si el cielo no la hubiera abrumado con una opulencia, que emplea á su modo, si V. quiere....

—Convengamos en que el modo no es precisamente un modelo.

—¡No exageremos, Carlos, no exageremos! Ella no conoce otro, y cree obrar digna y noblemente haciendo lo que hace.

—Pero vamos á ver, ¿V. lo haria?

—Yo, yo....

—Sí; V., que con esos aires de Ceneréntola es una verdadera providencia para esta casa, en la que no habria nada con concierto, ni marcharia nada, si imitando tambien la conducta de su tia y de su primita, la hermosísima y brillantísima Julia se pasase V. el dia y la noche entre conferencias benéficas, audiciones de artistas, sesiones literarias y confidencias misteriosas con generales fósiles, políticos de café y conspiradores de callejuela!....

—Vamos ¡no me adule V. para hacerme murmurar de mi familia, de las personas á quienes debo gratitud y respeto!

—Ahora es V. la que se propone hacerme á mí variar de opinion, interesándome en pro de esos decantados beneficios....

—Y hará V. bien en interesarse, y en creer en ellos. Mi tia es para mí más que una protectora, una madre; Julia, la única hermana que he conocido; esta casa, mi único hogar; esta familia, la sola que me queda en el mundo. Es verdad que algunas veces, lo confieso, quisiera que este círculo de mi cariño fuese más estrecho y menos disputado; que en ocasiones, sueño con un hogar más íntimo y tranquilo.... pero estos son sin duda resabios de mi educacion, ensueños y cavilidades de una pobre huérfana, que no ha nacido para el mundo, ni sabrá ser nunca una gran señora.

—De lo cual le felicitamos á V. todos sus verdaderos amigos.

—Muchas gracias.... pero hablando de otra cosa, ¿decidida-

mente nos deja V. para correr los azares y aventuras del candidato? Vea V. cómo al fin y al cabo ha caído también en la tentación.

—¿Y cómo no caer? Será no más una ilusión, pero confieso que ha sido siempre un sueño de mi vida representar á ese pobre rincón de España, donde he nacido y donde reposan los huesos de veinte generaciones de abuelos míos; donde radica la hacienda que aquellos me dejaron, donde vive mi pobre padre, que por cierto ha de sorprenderse no poco cuando sepa que aspiro á una cosa tan incomprensible para él como el ser diputado.

—¿Su padre de V.?...

—Mi padre es un sér prehistórico, mitológico, todo lo que usted quiera, un santo y un caballero en una pieza, que haría muy triste papel en los salones de Tula Scheneider: no sé si le he dicho á V. alguna vez que hizo la guerra de los siete años en el campo carlista, y hoy es lo que era entonces, poco más ó menos. ¡Pobre padre mio! Muchas veces he pensado, al ver su indulgencia y su generosidad para conmigo, cuán detestable absolutista hubiera sido en la práctica él, que se precia de tan absolutista en teoría.

—¿Y vive siempre en Duradon, solo, en compañía de su madre de V.?—preguntó Sofia, con más interés del que tal vez se proponía demostrar al hacer esta pregunta.

—Yo le acompaño cuanto puedo; mi madre vive retirada como señora de piso, en un monasterio de la Orden de Alcántara.

—¡Ah!—murmuró Sofia, como avergonzada de haber cometido una indiscreción

—La muerte de un hermano mio, ocurrida durante la guerra, en circunstancias muy tristes, la hizo formar el propósito de retirarse completamente del mundo, propósito que llevó á cabo con permiso de mi padre, que diariamente la visita.

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)

EL PRIVILEGIO GENERAL DE ARAGON,

BASE DE LA UNION.

En el discurso de recepcion del Sr. Romero Ortiz en la Real Academia de la Historia, el dia 30 de Enero de 1881, se cita por via de Apéndice un texto del privilegio de la Union, dado por el Rey D. Alonso de Aragon, llamado *el Liberal (el dadivoso)* el año 1287. Cópíase este curioso documento de un registro que se conserva en dicha Academia acerca de las cosas de la Union, y que parece haber pertenecido al cronista Gerónimo Zurita. Pero este documento tiene precedentes históricos importantes, y no era tan desconocido, que no se citase luego en el siglo XVI, cuando los descendientes de los corifeos de la Union pretendieron arrogarse los derechos de matar y *estemar* (1) á sus vasallos, al revés de lo que habian combatido sus abuelos en el siglo XIII. Porque ¡cosa rara! las exageraciones del feudalismo principiaron en Aragon cuando acababan en otras partes, como decia el Sr. Muñoz Romero.

Al documento publicado por el Sr. Romero Ortiz habia precedido otro muy curioso, arrancado al Rey D. Pedro III el Grande, en medio de sus apuros en 1283. El compendio histórico de los Reyes de Aragon, por D. A. S. (Sas?), dice á este propósito, despues de contar las grandes proezas de aquel monarca y su caballeresco desafío con el Rey de Francia en Burdeos, hecho que parece de caballería andante: «Vuelto el Rey de esta jornada (de hacer re-

(1) *Estemar* significaba mutilar ó descuartizar.

tirar á los franceses, que entraban en Aragon por la canal de Verdun), tuvo mas trabajo en vencer á sus vasallos que á sus enemigos; porque temerosos de los daños que los franceses podian hacer en sus tierras, recelaban que habian de pagar en ellas muy caras *las glorias de Sicilia*; y asustados además de los entredichos y censuras del Papa, miraban con gran disgusto la continuacion de la guerra (1). Pero el magnánimo corazon del Rey, superior á cuantos obstáculos se oponian al logro de sus vastas ideas, supo, ya por medio de la suavidad, y ya por el de la entereza, disipar *la liga*, que á este fin se habia formado, *de la primer nobleza de Aragon.*»

El Catálogo de Cortes de España publicado por la Real Academia de la Historia en 1855, dice á la pág. 100.

«1283. TARAZONA; ZARAGOZA. Estas Cortes se reunieron primeramente en Tarazona á 1.º de setiembre de 1283. Trasladáronse despues á Zaragoza, donde á 3 de octubre presentaron al Rey unos extensos capítulos de agravios, los cuales dieron por resultado el *privilegio general de Aragon*, que se halla inserto en el libro I de los fueros impresos, folio VI vuelto. La mayor parte de los actos de estas Cortes se hallan en la Academia (Bibliot. de Salazar, Cód. M. 139), escrito de letra del siglo XIII, que contiene documentos de la época de la Union de Aragon, de 1283 á 1289, fol. 1.º y siguientes.»

Y en efecto, aunque se halla inserto en el pasaje citado (2), y no lo excluyó de su malhadada compilacion el Justicia D. Martin Díez D'Aux, lo creo poco conocido, como harto importante.

En un copiadore de los privilegios de Calatayud, escritos en el año 1571, que tengo en mi poder, se halla tambien ese documento, (3) que es el verdadero punto de partida del privilegio de la Union, convertido en *desunion* y rebelion abierta pocos años despues, y prefiero copiarlo de éste, y con comentarios.

(1) Los Reyes tenian que acometer á veces estas inconvenientes guerras por gastar las fuerzas de la nobleza y entretener á los revolvedores. Ya Estrabon habia dicho que los celtiberos, si no tenian guerra fuera, la armaban en su casa.

(2) Está en la edicion de los fueros, hecha en letra de tortis en la primera mitad del siglo XVI, y que alcanza hasta el reinado de D. Carlos I.

PRIVILEGIUM GENERALE ARAGONUM.

«Noverint universi quod Anno domini MCC octuagesimo tertio, die dominica, videlicet quinto nonas Octobris in civitate Cesarauguste, in ecclesia predicatorum (1) congregatis nobilibus richis hominibus seu varonibus regni Aragonum; scilicet dompno eximino Durrea, maiore, et dompno Jacobo dno de Xerica, filio domini Jacobi Regis, inclite recordationis, et dompno Petri Ferdinandi, filio dicti Regis (2), et dompno Petro Cornelij, et dompno Lupo Ferrienz de Luna, et dompno aço de Focibus, et dompno Artaldo de Alagon, et dompno Sancio Dantillon, dompno Guillermo Dangularia (3), Eximino durrea, juniore, filii dicti domini Eximini durrea, dompno Amore dionisii, Poncio ugonis, filio nobilis B. Guillermi dentença (4), et Petro Jordani de penna, Guillermo de alcalano, de quinto, P. Sesse, lupu de gurrea, bertrando de naya, Petro Garcesi de nuex, egidio de Vidaure, egidio datrosiello, dompno Gombahlo de Tramacet, dompno azenario de rada, et pluribus aliis richis hominibus et mesnadariis, Regni predicti. Congregatis etiam militibus infantionibus et civibus dicte civitatis Cesarauguste, videlicet dompno Arnaldo Joannis, Michaelis Lupi de Lobera, dompno Peregrino Coqui, dompno Guillermo de Pirario, et dompno Guillermo Ferdinandi, Juratis, et dompno Valerio de guadalit, dompno Arnaldo Ay-mi (5), dompno poncio Valdouini, et dompno Joanne bernardi,

(1) Ya no existe aquella monumental iglesia donde se celebraron aquellas y otras célebres Cortes de Aragon. Buen cuidado tuvieron los patriotas que dirigieron el pronunciamiento de 1868 en Zaragoza, de demolerla *por mor de la libertad*, como ellos la entienden. Ya en 1838 habian quemado los altares de aquella iglesia para hacer hogueras con que celebrar el convenio de Vergara. Sobre estas brutadas conviene *echar un velo*, publicándolas en letras de molde.

(2) Estos dos Infantes de Aragon, en vez de estar con el ejército corriendo riesgos en Sicilia, como hacian los buenos, preferian estar revolviendo en Zaragoza, rodeados de todos los holgazanes de aquella poblacion y de los revolvedores de oficio en los demas pueblos de Aragon, fomentando los bandos contra el Rey y rebajando el principio de autoridad.

(3) En la edicion oficial citada dice *de anglariola*. ¿De Anglesola?

(4) En el impreso dice antiença por decir de En-Tenza.

No se notarán más variantes que las más esenciales.

(5) En el impreso *aymeriti* (¿Eymerik?)

et dompno petro Vera procuratoribus civitatis predictæ, et dompno Joanne Eqidii Tarini, dompno berengario de tarba, et dompno Eximino petri de Salanoua, et dompno martino petri de Osca, et dompno petro de Calatayud (1), dompno galaciano de Tarba, dompno Raymundo bernardi, dompno raymundo dolue, et dompno petro dosca, et multis aliis eiusdem universitatis consilii Cesaraguste (2) una cum procuratoribus aliarum civitatum et villarum eiusdem Regni, videlicet de Civitate Osca dompno michaeli Petri de angularia, et dompno Petro Riglos, de villa de Jacca dompno Durando de Generes, et petro de bornau, de villa de Barbastro dompno michaeli dongascon et bartholomeo dex, de villa de Turolio dompno Pedroz de mora, de villa alcanicii dompno Joanne de Colera, gondisalvo de Tudela et vincencio Petri, de villa de nabal dompno thomasio et dominico borruy, de villa de alquezar dompno petro de ayerve et marton molon, et pluribus aliis eiusdem Regni aragonum (3), *plena curia* in loco jam dicto, coram nobis dompno Petro Aragonum et Sicilia Rege, dicti nobiles, cives, et alii universi, pro se et aliis universis militibus, infantionibus civibus et cunctis aliis hominibus Regni predicti Aragonum, Valentie, et Ripacurtie ac Turoli, et aldearum suarum, nobis humiliter suplicarunt, et rogando et conquerendo mostrarunt, quod in pluribus nec nos, nec nostri iudices seu officiales foros, usus, consuetudines, libertates Aragonum nec privilegia observamus (4). Quare suplicarunt quod dignaremur confirmare dictos foros, usus, libertates, consuetudines aragonum prelibatos, et privilegia universa que habent, et instrumenta donationum, permutationum, per nos et nostros perpetuo observare.

(1) En el impreso dice *Calatajubio*: Osca y Calatayud figuran aquí como apellidos.

(2) Se ve que el elemento integrante, despues de los Infantes revolvedores y los nobles descontentos, lo constituian los que en Zaragoza *hacian politica*.

(3) Estos otros muchos (*plures alii*) serian como los *citi veniti* de Castilla, pues no deja de ser extraño que todos fueran del alto Aragon, escepto Teruel y Alcañiz, y que no se citen los de Borja, Calatayud, Caspe, Daroca, Cariñena y Tarazona, pueblos realistas, aunque más libres y de mejores fueros, pues los de Teruel se dice tenian el de Sepúlveda.

(4) En el moderno lenguaje se llamaria esto *una interpelacion al Gobierno*. Como este á la sazón era débil, rezó el *mea culpa*. El de Pedro IV, que era más fuerte, les echó el *requiescant in pace*.

Preterea universi predicti nobis humiliter suplicarunt quod etiam pluribus iuribus, libertatibus et usibus fuerunt et sunt per predecesores nostros et per nos spoliati, et in pluribus erant et fuerunt contra foros, usus, libertates et consuetudines et privilegia agravati, et in suo jure diminuti: quare petierunt cum humilitate instanter (1) quod ad illa de quibus fuerant spoliati eos restituere dignaremur, et quod daremus seu concederemus eis omnia, et universas res et jura, que consueverunt habere. Et universi predicti ut nos rederent certiores de premisis que petebant, ad illa nobis, et carissimo filio nostro dompno Alfonso articulatum, clare, alte et aperte et per capitula legi fecerunt in scriptis, in forma que sequitur (2).

VICENTE LAFUENTE.

(Se continuará.)

(1) El sello de la Union, segun lo publicó Blancas, representaba al Rey sentado en trono, con cetro y corona: detrás un campamento. A derecha é izquierda los de la Union, de rodillas (*cum humilitate*), pero armados (*instanter*).

Equivalia al rosario y al arcabuz del cojo que pedia humildemente limosna en el camino por donde iba Gil Blas á estudiar á Oviedo.

(2) El documento tiene tres partes:

1.^a El preámbulo en que el Rey manifiesta á las Cortes, y en latin, las quejas alegadas contra él y sus oficiales.

2.^a El memorial de agravios en romance, que no pondremos en *castellano*, pues tanto tenia de aragonés como de castellano aquel lenguaje, y que se inserta tal cual lo habian redactado los descontentos.

3.^a La respuesta al Rey ofreciendo reparar agravios y respetar fueros y libertades.

Daremos, pues, el documento en tres veces por ser demasiado largo.

CRÍTICA DRAMÁTICA.

TEATRO ESPAÑOL: *Bajo el Cristo del Perdón*, drama en tres actos y en verso, original de D. Manuel Cano y Cueto y D. Carlos Jiménez Placer.—TEATRO DE LA COMEDIA: *El guardián de la casa*, comedia en tres actos, original de D. Ceferino Palencia.

Pocos días ha vivido en la escena el nuevo drama de los señores Cano y Cueto y Jiménez Placer titulado *Bajo el Cristo del Perdón*. Representado en el Teatro Español ante un público tan selecto como numeroso, la noche del estreno proporcionó á los autores muchos aplausos y el honor de ser llamados á las tablas repetidas veces. Sin embargo, las opiniones anduvieron desde luego muy divididas respecto al mérito de la obra. Quién decía que todo aquel entusiasmo era ficticio y que se debía únicamente á extremada benevolencia de amigos de los autores; quién que el drama es un tesoro de situaciones interesantes marcadas con el sello del verdadero genio dramático; quién, en fin, se limitaba á considerarlo como preciosa *leyenda*, más á propósito para leída que para representada. ¿Cuál de tales juicios tiene condiciones de exactitud? Por de pronto lo que no admite duda es que en la primera representación del drama estuvo el teatro lleno de la más granada concurrencia; que en esa noche obtuvieron los autores lo que ahora se llama *un triunfo*, y que en las sucesivas representaciones desertó el público del antiguo coliseo de la calle del Príncipe, cosa rara tratándose de una obra que había suscitado acaloradas controversias. Esto, que ha sucedido á vista de todo el mundo, es innegable, por más que diga uno de nuestros grandes dramáticos del siglo XVII que *lo que se ve*

es lo que se ha de negar.

Juzgando, pues, según lo que resulta de tan contradictorio fenómeno, diríase que el público había querido vengarse de sí

mismo contraponiendo al caloroso entusiasmo de la primera noche la glacial indiferencia de las noches sucesivas. No me parece equitativo ni lo uno ni lo otro.

Y no es que me duela de esa injusta repartición del aplauso, por lo que puede desautorizar el otorgarlo de igual modo á lo bueno que á lo mediano ó á lo malo. El público es un personaje mayor de edad, responsable de sus acciones, que debe saber lo que se hace, y que, al ejercer su soberanía en el teatro, á nadie se puede quejar del mal uso que haga de ella ni de las ridiculeces en que incurra. Lo que hay de lamentable en que trueque la rectitud é imparcialidad de juez por la investidura de sectario, es el mal que causa á los desdichados poetas. ¿Cómo no figurarse éstos que atinan, cuando sus errores ó extravagancias son acogidos con entusiasmo estrepitoso? ¿Ni qué fe concederán á la crítica recta y desapasionada, embriagados ó desvanecidos por el humo de lisonjeras aclamaciones?

Bajo el Cristo del Perdón es un drama de fondo bien intencionado. En él se advierte que para el hombre rendido al desvarío de la pasión y que no se detiene ante el crimen, con tal de satisfacerla, no hay felicidad ni en este mundo. Pensando así, los autores dan prueba de tomar el arte por lo serio. Mas si es buena su intención, los medios que emplean para desarrollar y hacer perceptible el pensamiento no son acertados. Obsérvase desde luego, al ver esta obra, que ambos ingenios procuran seguir las huellas de un poeta de alta fama, cuya dramaturgia especial está erizada de escollos. Deslumbrados por el éxito de los dramas de Echegaray, se han propuesto imitarlo, sin hacerse cargo de que las mismas cosas que en él se toleran ó aplauden, porque su osada fantasía les infunde algo que sale de lo vulgar, han de parecer en quienes le imiten con otra genialidad y otro temple, como plato recalentado. La musa terrible y sombría del autor de *Ó locura ó santidad*, que le inspira tantas exajeraciones y le hace vivir en un mundo menos real que fantástico, no es la más á propósito para guiar á nadie por el arduo sendero de la creación artística.

De este pecado original provienen todos ó los principales defectos de *Bajo el Cristo del Perdón*.

Empeñados en trazar un cuadro vigoroso y tremendo en el que

luchen desatadas pasiones sin tregua ni descanso, los inventores de tan angustiosa fábula han equivocado el camino: en vez de interesar y conmover con los trágicos afectos de sus personajes, apenas consiguen otra cosa que fatigar ú horrorizar al espectador. Cuando Terencio decía:

Humani nihil a me alienum puto,

daba á entender implícitamente que si nada de lo que es humano puede reputarse ajeno al hombre, cuanto repugne á las condiciones propias de nuestra naturaleza ó se aparte de la regla general en materia de afectos y de caracteres, tiene algo de monstruoso. Lo excepcional no debe considerarse como alimento del teatro. ¿Y es natural, es común á la mayor parte de los hombres, cabe en las reglas generales de lo que pasa en la vida el tejido de exageradas pasiones y de singulares acontecimientos en que se funda *Bajo el Cristo del Perdón*? Las personas que en él intervienen ¿son seres reales, que piensan, hablan y obran como la inmensa mayoría de los que viven entre nosotros?

No daré yo contestación á tales preguntas. En parte la darán por mí los siguientes párrafos en que un periódico resume con bastante exactitud el argumento de la obra. Suprimo en ellos algunas palabras ó frases.

«Un Conde vive en su casa solariega con dos hijos, Isabel y César, un escudero antiguo, Lorenzo, y una jóven huérfana llamada Estrella. César y Estrella se aman desde la infancia; Isabel conoce esos amores, pero el Conde no ha parado mientes en la pasión que junto á él crece y se desarrolla; y cuando al final del primer acto descubre el apasionado afecto de los jóvenes, declara que aquel amor es imposible. Por las palabras del Conde, por las indicaciones del escudero, y hasta por ciertas sospechas levantadas en el corazón de César, el público comprende en seguida que los dos amantes son hermanos. Solamente los personajes interesados lo ignoran.

»En esta situación sigue toda la obra; los amantes jurándose amor en todos los tonos, y el padre encastillado en su secreto y en su negativa; de tal manera, que cuando el público, por boca del escudero, cree conocer la verdad del misterio, el Conde mues-

tra tal arrebató y desmiente con tanto empuje la versión del viejo, que el espectador se considera enemigo de un laberinto más enmarañado que el de Creta. Hasta entonces todo el mundo había creído que Estrella era hija de la difunta Condesa, á la cual debía haber matado el Conde al sorprenderla en el acto de manchar su honra. Pero tal suposición resulta dudosa. Estrella es hija del Conde, en esto no cabe duda; pero..... ¿quién fué su madre?

«Al fin todo se revela en el tercer acto. La Condesa no fué culpable. El Conde fué quien tuvo amores clandestinos, los cuales dieron por fruto aquella Estrella, verdadera *anima vili* del drama, que al ser desahuciada en su amor por César desfallece como flor tronchada, y muere cuando aquel á quien amaba le descubre la fatalidad de su destino dándole el nombre de hermana.»

Dejo á la consideración del lector apreciar si es elemento capaz de producir interés dramático de buena ley un hombre que da muerte á su mujer por injusta sospecha, mientras se abandona con alma y vida á los goces de un amor adúltero; que, muerta su esposa, lleva á vivir con sus hijos legítimos al inocente fruto de aquel criminal devaneo, y á quien el recuerdo de su delito no le turba ni le desasosiega sino en rarísimas ocasiones. Dejo también al juicio de los entendidos decidir si puede interesar la pasión incestuosa de dos hermanos que no saben que lo son, pero que debieran saberlo ó por lo menos sospecharlo, y si cabe simpatizar con un hijo que no solo pone en duda la honradez de su difunta madre, cediendo á las sujestiones de vil calumnia, sino se revuelve furioso contra su padre cuando éste le contraria en sus imposibles amores. Hasta la figura más interesante del drama, la desventurada Estrella (nacida para castigo de las odiosas faltas del padre, y para ser ella misma víctima de su mal origen), desluce un tanto sus puros contornos cuando, al morir de pena porque la rechaza el que adora, sigue hablándole como amante en el momento supremo de la agonía, sabiendo ya que es su hermano.

Solo un verdadero genio dramático habría podido, á fuerza de arte, salvar hasta cierto punto los inconvenientes de un argumento de esta clase. Los inexpertos autores de *Bajo el Cristo del Perdón* no los han vencido.

Concebido el drama en pecado original, cimentado en la pintura de pasiones y caracteres fantásticos ó excepcionales, sujeto al inflexible carril de una poética especial que, sea cual fuere su mérito, no es ciertamente para seguida, natural era que cayese en los abismos del amaneramiento y sequedad que á veces deslustran las creaciones del modelo imitado. Si los autores de esta obra hubiesen tenido en cuenta que es vicio inherente á casi toda imitación extremar los defectos de lo que imita, quizás no se habrían dejado ir, para daño suyo, por la desastrosa pendiente en que han venido á estrellarse sus facultades poéticas. Porque negar que las tienen los Sres. Cano y Cueto y Jiménez Placer, fuera injusticia notoria. Precisamente porque las tienen, y porque hay en el ropaje con que han vestido su drama algo de la riqueza, espontaneidad y galanura que son como patrimonio de los buenos poetas y versificadores de Andalucía, he creído que la REVISTA DE MADRID no debía permanecer indiferente tratándose de una obra como *Bajo el Cristo del Perdón*, ni dar á entender con su silencio que la juzgaba despreciable.

Lo que á los Sres. Cano y Jiménez les ha pasado ahora puede servirles de mucho, si saben aprovechar bien la lección. Ansiosos de buscar á cada paso un efecto teatral imponente, han olvidado que

Souvent trop d'abondance appauvrit la matière;

han recargado el cuadro de negros colores, y lo han hecho monótono privándolo del atractivo de los contrastes y del encanto del clarooscuro. ¿No es un dolor que por este malhadado prurito hayan malgastado sus fuerzas sin conseguir el objeto que se proponían?

Ni estará demás recordarles, ya que en esta ocasión no lo han echado de ver, que la claridad es condición ineludible en toda obra de arte, que las pasiones imaginadas persuaden menos que las sentidas ó no persuaden de ningún modo. La expresión de los afectos que no es verdadera ni arranca de las entrañas mismas del ser humano, aquella que solo se ajusta al capricho, fruto de una sensibilidad afectada ó puramente imaginativa, por abundante que sea en felices imágenes y sentenciosos conceptos, ni alumbrá ni presta calor al alma del auditorio. Los oídos po-

drán recrearse accidentalmente en esa especie de música; pero el espíritu no quedará satisfecho. El abuso del lirismo es uno de los defectos capitales de la dramática española.

En cuanto á la imagen del Cristo que da nombre á este poema escénico, los autores habrían debido suprimirla, no ya solo por el respeto que merecen las cosas santas, sino tambien porque no conduce á nada que sea necesario al desarrollo de la acción.

Obra de muy diferente índole, *El guardián de la casa* ha logrado triunfo unánime y sostenido en el Teatro de la Comedia. *Post nubila Phœbus.*

El guardián de la casa es una comedia en tres actos, escrita con mucha naturalidad y versificada con gracia y soltura por Don Ceferino Palencia. Lejos de emboscarse á la dudosa luz del crepúsculo en la enmarañada selva donde se forjan caracteres y pasiones excepcionales para buscar una belleza sombría por el camino de lo extraordinario y abrupto, Palencia ha hecho objeto de sus rendimientos á la juguetona musa que se deleita en recorrer á la luz del sol risueños vergeles, y que no gusta de más sombra que la de gallardos arbustos crecidos en floridas márgenes de cristalinos arroyos.

Menos ambicioso que aquellos que por volar demasiado llegan á perder la tierra de vista, no pone en boca de sus personajes largas tiradas de versos declamatorios, tan sonoros y elegantes como se quiera, pero sin virtud para conmover el ánimo. Y sin embargo, en la esfera un tanto vulgar á que se limita, logra interesar y hacer sentir siempre que el caso lo requiere. Tal es el secreto del autor cómico; secreto que, por lo visto, no lo es para Palencia, en quien se advierten una discreción, una sobriedad y un gusto que honrarían á cualquiera más entrado en años.

De veintidós á veintitrés contará de edad el joven poeta, ayer oscuro estudiante de medicina, hoy coronado ya de laureles. Envidiable es sin duda hacer concebir desde luego lisonjeras esperanzas; pero todavía es más envidiable mostrar que no se pertenece al número de las plantas destinadas á agostarse en flor.

Así acaba de mostrarlo Palencia consiguiendo un triunfo mayor que el que hace un año le proporcionó en el teatro de la Alhambra su *Carrera de obstáculos*, comedia aplaudida fervorosamente durante larga serie de representaciones. Las de *El guardián de la casa* han de ser todavía más numerosas, no solo porque esta obra es mejor que aquella, sino también porque se ha representado con una perfección de conjunto nada común entre nosotros.

En la comedia recién estrenada, cuyo ingenioso enredo está muy bien concebido y trazado, todo es claro y perceptible. Cuadro compuesto con elementos de la vida real y de las actuales costumbres, revela que su autor estudia la naturaleza sin remontarse á las nubes ni perderse en intrincados laberintos, y que no olvida el fin moral de aplicación útil á que debe propender siempre el poeta cómico. Lo cual es tan de encarecer en la presente ocasión, cuanto más debe suponerse que los pocos años de Palencia no le han permitido aún ahondar en el conocimiento de los hombres y de los arcanos sociales.

Cuando tanto se suele descuidar la buena educación de los hijos, importa señalar los riesgos que nacen de tal descuido. El joven autor de *El guardián de la casa* los pone de bulto, valiéndose de medios que arguyen adivinación de la realidad é instinto artístico muy notable. Persuadido de que en la fábula cómica

Le secret est d'abord de plaire et de toucher,

no recurre á disertaciones estériles ni á sermones indigestos, sino á ejemplos vivos llenos de amenidad y de chiste. ¿Qué medio mejor para encadenar la atención del público?

¡Y qué intuición de lo que deben ser los personajes cómicos no descubren algunos de los bosquejados por Palencia en *El guardián de la casa*! ¡Qué bien manifiestan el espíritu observador, al par que la ingenuidad y lozanía del que los ha creado! ¡Cómo dejan ver que están tomados directamente de la naturaleza humana, maestra suprema del arte!

Carmela (representada por la Sra. Tubau con suma verdad y con la variedad de matices indispensable para dar relieve al carácter de una muchacha buena, pero caprichosa y mal criada) se retrata en parte moralmente al decir

«Donde muere una esperanza,
 brota para mí un deseo.
 No lo puedo remediar;
 y, por deducción forzosa,
 cuando consigo una cosa
 la comienzo á despreciar.»

Don Justo (á quien el flexible talento de Mario y su conciencia artística infunden magistralmente el encanto que lleva consigo la exacta expresión de la realidad poética), está muy bien delineado y se hace desde luego simpático y respetable. Padre del único aspirante á la mano de Carmela que la ha querido y quiere con sinceridad, va á casa de su antiguo amigo D. Pío (viejo cazador esclavizado por la manía contradictoria de proteger los animales, y al cual presta Rosell todo su gracejo) deseosísimo de averiguar si aquella merece ser esposa del hijo que tanto ama. Hombre de experiencia y naturalmente bondadoso, ve con disgusto los caprichos ó coqueterías de la jóven; pero como conoce su buen fondo y no ignora que tales defectos provienen de la mala educación, se propone y consigue regenerarla.

Doña Nicanora (interpretada con gran tino por la Sra. Fenoquio) es una vieja literata; circunstancia equivalente á tener vez por duplicado, si es cierto, como decía Bretón de los Herreros,

• que la mujer literata
 es vieja desde que nace. •

Doña Nicanora, que para dar á su nombre tinte poético lo reduce á las dos últimas sílabas haciéndose llamar *Nora*, ni cuida de la educación de su hija Carmela como fuera justo y conveniente, ni trata á su malhadado esposo D. Pío sino como á un infeliz incapaz de comprender el alcance de las especulaciones filosófico-sociales de su mujer. Extraviada por la literatura mal sana que apellidándose *realista* no abarca la realidad completa ni la trata con exactitud, sino se deleita solo en reproducir exageradamente las inmundicias sociales, admira con ciega admiración los repugnantes cuadros que traza en *La Taberna* el grosero naturalismo del novelista Zolá, y emplea el tiempo que debiera consa-

grar á cumplir sus maternos deberes, en escribir una novela titulada *El Bodegón*.

Tales son los principales interlocutores de *El guardián de la casa*. Con estos elementos, y con los secundarios que allega, Palencia ha logrado componer una obra llena de animación, con situaciones muy cómicas, y en la cual lo jocoso no degenera en chavacano. Citaré algunos ejemplos.

En el tercer acto reconviene D. Justo á Nora por el abandono en que tiene la educación de su hija, y le pregunta si cree que cumple con el deber de buena madre

•Tratando serias cuestiones
siempre por lados ridículos,
ó bien componiendo artículos
y escribiendo *Bodegones*.•

Á lo que ella contesta, parodiando el lenguaje de ciertos periódicos y las ideas de los que tratan de convertir á la mujer en una especie de marimacho político,

•No, no señor; ilustrando,
venciendo el oscurantismo,
saliendo del ostracismo
en que *hemos venido estando*,
rompiendo de nuestras jaulas
las estrechas proporciones,
terciando en las discusiones
y penetrando en las aulas.•

Don Justo replica:

«En la mundanal batalla,
el hombre menos osado
está siempre resguardado
por fuerte y espesa malla.
La mujer, esencia pura,
es cual la nieve, en rigor;
que una flor, aun siendo flor,
roba encanto á su blancura.»

Más adelante, cuando le habla Nora de *la misión de la mujer*,

dice que su verdadera *misión* consiste en idealizar el hogar rigiéndose por principios que den

«fruto de santas acciones,
y formando entre oraciones
el corazón de sus hijos.»

El diálogo prosigue de esta manera:

D. Pío. Justo.....

Nora. ¿Y no hemos de ilustrarnos?

¿De marchar con el progreso?

D. Justo. ¡No es eso!....

Nora. ¡Vaya!

D. Justo. ¡No es eso!....

Nora. ¿No hemos de civilizarnos?

D. Justo. Si destroza el corazón,
si pureza y candor quita,
una y mil veces maldita
esa civilización!»

Por último, al sentir Carmela renacer en su pecho el amor que consagró un día al hijo de D. Justo, avergonzada ya de sus ligerezas, exclama, dirigiéndose al padre de su amado:

«Dígale usted á Germán,
si el olvido no le mata,
que fuí con él harto ingrata;
pero que le vengarán
de mí mis propios dolores;
pues soy tan loca ó tan necia,
que cuanto más me desprecia
más muero por él de amores.
Que mil motivos le dí
para obrar de esa manera.....
Pero..... ¡por Dios! que me quiera...
y no se olvide de mí.»

Quien siente y piensa de este modo, se recomienda sobradamente á la estimacion de las personas honradas. Por lo visto, el corazón de Palencia vale tanto como su ingenio.

Al llegar aquí tal vez se pregunten los lectores si *El guardián de la casa* es una comedia sin defectos, pues hasta ahora no he notado en ella ninguno. Los tiene, sin duda, como toda obra humana; mas no seré yo quien hoy eche gotas de acíbar en las dulzuras de un triunfo tan legítimo alcanzado en tan juvenil edad. Con quien ha recibido ya en varias ocasiones el incienso embriagador del aplauso público sin marearse ni desvanecerse, antes bien estudiando y progresando más cada vez, no hay riesgo en dar expansión á los naturales movimientos del alma ahorrándose el disgusto de señalar imperfecciones.

MANUEL CAÑETE.

P. S. El sábado último se estrenó en el Teatro Español un drama en tres actos y en verso, de D. Juan Antonio Cabestany, titulado *Despertar en la sombra*, del cual me haré cargo otro día. El éxito ha debido ser tanto más lisonjero para el autor, cuanto que al final del acto segundo se lo disputaron algunos sañudamente, de un modo que no hace honor á la imparcialidad ni á la cultura del público. Viose mostró á grande altura y arrebató muchos y muy calorosos aplausos. La señorita Mendoza Tenorio, tan apta para todo lo que es delicado, hizo con sumo acierto su papel de niña cariñosa y buena.

SONETOS.

I (a).

FRAY VICENTE Y FRAY MARTIN.

Et quintus Angelus tuba cecinit: et vidi
stellam de coelo cecidisse in terram, et data
est ei clavis putei abyssi.

Et aperuit puteum abyssi: et ascendit fu-
mus putei, sicut fumus fornacis magnae: et
obscuratus est sol.

Et de fumo putei exierunt locustae in ter-
ram, et data est illis potestas, sicut habent
potestatem scorpiones terrae..... et super ca-
pita earum tanquam coronae similes auro: et
facies earum tanquam facies hominum.

S. Juan, *Apocalypsis*, IX.

Rápido el ángel que precede al sexto
La trompeta sonó; y al tremebundo
Eco, un instante se despierta el mundo,
Pronto á sumirse en el error funesto.

Mas, viva estrella del cenit en esto
Despréndese, y el golpe furibundo
Abre en la tierra un pozo, tan profundo
Que el sol á las tinieblas cede el puesto.

Sale del pozo cuanto mal encierra;
Y, al hedor de opiniones encontradas
Y al rebramar de fratricida guerra,

Franco el puñal, sin honra las espadas,
La nave sin timon, cubre la tierra
Vil nube de langostas coronadas.

(a) Este primer soneto acaba de ver la luz pública en *El Mundo ilustrado*, revista de Barcelona.

II.

LA PLUMA DE ACERO.

Deja que el ciego populacho á gritos
 Su Dios al vano y robador aclame:
 Ya no hay otra virtud que toma y dame,
 Ni fe, que la que reina en los garitos.
 Si almo laurel ostentan los precitos,
 ¿Quién habrá que al honrado atienda y ame?
 Solo á Verres será grato el infame
 Cómplice adulador de sus delitos.
 El siglo de Taric justo es que vuelva;
 Ya se desborda: los Rolandos cucos,
 De ambicion torpe y de codicia en alas,
 Por la ciudad trocaron la árdua selva;
 Y en plumas transformando los trabucos,
 Letras de molde hicieron de las balas.

III.

LA VIDA Y LA MUERTE.

Sin premio el sábio, el criminal impune,
 Glorioso el vicio, la virtud con luto,
 En muerte y perdicion cójese el fruto
 Del lazo vil que á los malvados une.
 Falaz plegaria al cielo no importune
 Del soberbio y avaro y disoluto;
 Que ya hácia el Capitolio marcha Bruto,
 Y Atila ya sus bárbaros reúne.
 Alma, sumisa á Dios, en noche oscura
 De tempestad horrible combatida,
 Triunfa serena de implacable suerte:
 Pues es del mundo la mayor locura
 Llamar al tiempo fugitivo vida,
 Y que la eternidad se nombre muerte.